

**NUESTRA**

**MADRE**

*NUESTRA  
MADRE*

**MONS. FULTON J. SHEEN**



## CONTENIDO

### PRÓLOGO

La Virgen de la Esperanza

La Virgen de la Maternidad

La Virgen de la Anunciación

La Virgen del Nacimiento

La Virgen del Mundo

La Virgen del Rosario

La Virgen del Amor

La Virgen del Silencio

La Virgen de la Bondad

La Virgen Inmaculada

La Virgen de la Redención

La Virgen del Sol

La Virgen y Rusia

- 0 - - 0 - - 0 -

## PROLOGO

*Este año volvía a ver a Monseñor Fulton J. Sheen en la noche de un martes, a las ocho y media.*

*Todas las semanas escuchan unos diez millones de personas las conferencias que pronuncia en su despacho particular de la calle Treinta y ocho, bajo la mirada de la Virgen y ante una gran cruz que parece abrazar al mundo entero.*

*Monseñor participaba en el programa Dumont de televisión a la misma hora que actuaba Milton Berle, escriturado para treinta años por 30,000,000 de dólares, lanzando al espacio su propaganda, de tan diferente índole.*

*No me cabe la menor duda de que todas mis amistades estaban comprometidas todos los martes para una cierta hora de la noche, porque en oficinas, por la calle y por teléfono me decían:*

*No, no...; nos veremos a las nueve y media...; antes, no me es posible atenderle.*

*Y un amigo israelita, más explícito, me confesó:*

*- Mire, Padre, será mejor que aplacemos para el miércoles el festival a beneficio de su "Ciudad del Muchacho", de Bolonia, porque... el martes no vendría nadie: todos se quedan en sus casas para ver y oír a Monseñor Sheen...*

*Y los martes, a la hora citada, millones de ojos avizores fijaban en él sus miradas, en su manteo episcopal, en la Virgen que presidía detrás de él, resplandeciente por las luces de la televisión. Y a la par que se guardaba un silencio impresionante, latían los corazones en contacto de una extraña felicidad.*

*- Gracias, señores por haberme permitido la entrada esta noche también en vuestra casa como invitado...*

*Estas palabras, que repetía todas las noches, siempre parecían nuevas por estar impregnadas cada vez de nuevo sabor.*

*Sus conferencias versan sobre cosas sencillas, cosas de la vida de cada día; sus palabras se refieren a las realidades que diariamente tocamos con los dedos de la mano y ocupan nuestra cotidiana atención, pero dicho todo ello con la galanura de un artista y con la caridad de un santo.*

*En junio último, cuando salí del aeropuerto de Idle Wild, de Nueva York, la publicidad de Milton Berle se hallaba en peligro. A Monseñor Sheen le ofrecieron sobre 100,000 dólares para que variase su programa, a lo que no accedió, desde luego.*

*Las gentes de los Estados Unidos vienen escuchando por espacio de más de veinte años a ese elocuente predicador, que inició su apostolado aquel lejano 1929, en que fue ordenado de sacerdote el humilde hijo de los campesinos Newton Morris y Delfa Fulton. Nadie se cansa de oírlo, ni tampoco él de hablar. Parece que ni siquiera sean suficientes los 40 libros que ha publicado para expresar todo lo que tiene en su corazón.*

*Tal vez ocurra así por ser siempre nuevos los males que sabe curar.*

*Una actriz inglesa que, medio embriagada, entra en su iglesia y a los tres años se mete de monja de clausura para contemplar las verdades que él le ha anunciado y que nunca se ven con los ojos de la cara; un ateo que va a visitarle con ánimo de dar un espectáculo... y queda convertido en un apóstol; una francesa que, próxima a suicidarse, vuelve a tener fe poco a poco y ahora comulga todos los días; una joven israelita convertida por él y despachada de su casa, a quien ayuda a establecerse con un modesto instituto de belleza y que sólo vive para hacer el bien, deben haber sentido la fascinación de la Gracia que penetra en los corazones, agridulce, al conjuro de su mágica palabra.*

*Las crisis que Monseñor Sheen ha descrito en ANCLAS SOBRE EL ABISMO, los vacíos del corazón humano, las desilusiones, los desalientos, los himnos del retorno, la paz nuevamente encontrada, la felicidad perdida... deben ser síntesis extractadas de las muchas situaciones, dramáticas, novelesca, interesantes todas que ha ido conociendo en su ministerio sacerdotal.*

*Tiene sesenta años. Nació en 1895, en El Paso, ciudad de Illinois. Entre 1919 y 1927 estuvo de profesor en el colegio de San Edmundo, de Ware, en Inglaterra. En Lovaina, Bélgica, consiguió doctorarse en Filosofía y obtuvo el premio Mercier. Después, por un corto período, estuvo retirado en una iglesita de Peoria, en los Estados Unidos, desde donde comenzó a predicar a las multitudes. Ha sido Decano de la Facultad de Filosofía en la Universidad católica de Washington, y en 1951 fue consagrado en Roma Obispo auxiliar de Nueva York.*

*A pesar de todo, aún continúa en la actualidad con el mismo ritmo de vida de antes.*

*Se levanta a las seis. Celebra a las nueve. Todos los días se está en la iglesia una hora después de la Santa Misa. El único desahogo que tiene es una partida de tenis. Come en veinte minutos, a los sumo. La semana en que habla por la radio o actúa por televisión, recibe hasta 25,000 cartas. Por la mañana trabaja a solas. Por la tarde recibe a quienes desean hablar con él de sus almas. Todos los días visita las oficinas de la Propagación de la Fe para dar las gracias personalmente a sus colaboradores.*

*Me siento muy complacido al publicar estos pensamientos de Monseñor Sheen sobre la Virgen. No hay libro suyo que yo conozca que no esté dedicado a la Santísima Virgen, estrella de los náufragos y que siente la desolación y el vacío que agobian el corazón de los pecadores que han perdido a Jesús en el Templo.*

*En la breve entrevista que pude mantener con Monseñor Sheen el día de su consagración episcopal, me recomendó con insistencia que se publicasen estos pensamientos suyos sobre la Virgen.*

*Al recorrer estas páginas, parece encontrarse de nuevo el entusiasmo de San Bernando, la originalidad de Chesterton y la inmediata puntualización del hombre moderno de la calle. Monseñor Fulton, en sus libros, siempre habla de dos temas: de la paz y de la Virgen.*

*Tal vez sea interesante hacer notar que Sheen, en lenguaje irlandés, significa paz. Y no será inútil decir que sus oyentes habituales saben que es un enamorado de María.*

*Una niña de Nueva York oyó un día a Fulton J. Sheen que hablaba por la radio. El nombre no era del todo nuevo para la niña, que, dirigiéndose a su mamá, le preguntó:*

*- ¿Quién es?..., ¿es Fulton, amigo de la Virgen?*

*El amigo de la Virgen.*

*Aquella niña, con su ingenuidad, le dio uno de los títulos mejor ganados.*

*Tal vez debido a eso habrá visitado Lourdes veintitrés veces.*

*Leéd:*

*Quizá os den ganas también a vosotros de cerrar los ojos y pensar.*

*Como a mí. Y notaréis entre los dedos que las espinas tienen fragancia de rosas, y recordaréis que una Madre cubre de besos al hijito que al caer se hace mayor mal... y esta buena Madre tal vez tenga dispuesto un beso para vosotros, lo mismo que para mí.*

*Padre Herminio Crippa, S.C.J.*

## LA VIRGEN DE LA ESPERANZA

Nuestro mundo moderno se caracteriza por designios profundos.

Advertimos en nosotros miedo y ansiedades.

Los hombres de otros tiempos temían a Dios, pero era un temor distinto al que hoy sentimos; antes se preocupaban de no ofender a Dios porque le amaban. Luego vinieron las guerras mundiales, que infundieron en los hombres un terror irrechazable de unos a otros.

Hoy todos nos sentimos humillados y amedrentados, ante el elemento más pequeño del universo: ¡el átomo!

El mal de un individuo quedó convertido en el mal de toda la humanidad a partir del día en que se arrojó la primera bomba atómica. Desde entonces, la muerte es la pesadilla de la sociedad y de la civilización, y, de esta forma, la Religión se ha convertido, aun por razones políticas, en la base de la vida humana.

En la antigüedad, los babilonios, griegos y romanos se batieron en nombre de sus propias divinidades. Más tarde, el Islamismo oprimió al mundo cristiano, dejando reducidos los 750 Obispos que había en África en el siglo VII a los cinco del siglo XI. Pero el Islamismo no combatió a Dios, sino que solamente luchó contra los que creían en el Dios que se había revelado en Jesús. La diferencia de las teorías consistía en la elección de los medios para llegar a Dios, considerado por unos y por otros como el fin de la vida.

Ahora todo ha cambiado.

Ya no hay guerras de religión. Existe la lucha desencadenada contra toda fuerza, contra toda idea religiosa.

El comunismo no niega a Dios con la misma apatía que lo hace un estudiante de Bachillerato; el comunismo quiere destruir la idea de Dios; no sólo niega su existencia, sino que pervierte el concepto. A Dios quiere sustituirlo con el hombre dictador y dueño del mundo.

Hoy nos vemos forzados a escoger entre Dios y sus enemigos, y entre Democracia y Fe en Dios, y el ateísmo y la dictadura.

La preservación de la civilización y de la cultura está íntimamente ligada a la defensa de la religión. Si los enemigos de Dios fuesen a prevalecer, habría que rehacerlo todo.

Pero en el mundo moderno hay una tercera característica: la tendencia a perderse en la naturaleza.

El hombre debe mantener dos contactos estrechos para ser feliz: Uno vertical, con Dios; el otro, horizontal, con su prójimo.

En la actualidad, el hombre ha interrumpido las relaciones con Dios por medio de la indiferencia y de la apatía religiosa y ha hecho pedazos las relaciones sociales, con la guerra.

Y como quiera, que sin felicidad no se puede vivir, ha tratado de compensar los contactos perdidos con una tercera dimensión de profundidad con la que espera anularse en la naturaleza.

El que antes se ufana de estar hecho a imagen y semejanza de Dios, comenzó a jactarse de ser el creador de sí mismo y de haber hecho finalmente a Dios a su imagen y semejanza.

Con este falso humanismo empezó la bajada de lo humano a lo animal.

El hombre admitió que descendía de las bestias, apresurándose a confirmarlo en enseguida con una guerra bestial.

Más recientemente aún, el hombre se ha identificado por completo con la naturaleza afirmando que no es sino una compleja composición química.

Hace mucho se ha denominado “el hombre atómico”. De esta forma, la Teología se ha reducido a Psicología, la Psicología a Biología y ésta a Física. Ahora podemos comprender mejor lo dicho por Cournot, que en el siglo XX Dios dejaría a los hombres en poder de las leyes mecánicas, de las que Él mismo era autor.

Permitid que me explique:

La bomba atómica actúa sobre la humanidad lo mismo que el excesivo alcohol en un individuo. Si un hombre abusa del alcohol y bebe demasiado, éste se rebela y habla de este modo al alcoholizado: “Dios me crió para curar y proporcionar alegría, usado racional y

moderadamente, pero tú has abusado de mí. Por eso me vuelvo contra ti. Desde ahora, tendrás jaquecas, aturdimientos, dolor de estómago; perderás el uso de la razón y te harás mi esclavo, aunque yo no he sido criado para esto.”

Lo mismo ocurre con el átomo, que dice al hombre: “Dios me creó y puso en el universo la energía atómica, y por ello alumbró el sol al mundo. La gran fuerza que el Todopoderoso encerró en mi corazón fue creada para servir a fines pacíficos, para iluminar vuestras poblaciones, para impulsar vuestros motores, para aligerar el trabajo humano. En cambio, vosotros habéis robado el fuego del cielo, como Prometeo, y lo habéis empleado la primera vez para destruir ciudades enteras. Originariamente no se empleó electricidad para matar a ningún hombre, pero, en cambio, la energía atómica la habéis empleado para matar a millares de ellos. Por este motivo me volveré contra vosotros, haré que temáis lo que deberíais apreciar, y millones de pechos de entre vosotros temblarán horrorizados ante los enemigos que vendrán a devolveros lo que habéis hecho con ellos: transformaré la humanidad en un Frankenstein que se defenderá metiéndose en los refugios antiaéreos contra los monstruos que habéis creado.”

No es que Dios abandone al mundo, sino que el mundo ha abandonado a Dios al unir su suerte con la de la naturaleza, separada de la naturaleza de Dios.

La bomba atómica significa que el hombre se ha hecho esclavo de la naturaleza y de la física que había creado Dios para que le sirviera.

Este estado de cosas hace surgir una pregunta: “¿Hay aún alguna esperanza?”

Ciertamente que sí, y ¡una muy grande esperanza!

La esperanza última es Dios, pero la gente está tan alejada de Él, que no logra salvar de un salto el abismo que le separa de Él.

Debemos partir de cómo sea el mundo, y el mundo está absorbido por la naturaleza, cuyo símbolo es actualmente la bomba atómica. El pensamiento de la Divinidad aparece muy alejado.

¿Y no habrá en toda la naturaleza creada algo puro e incontaminado con lo que podamos reemprender el camino de regreso?

Aquí lo tenemos: es lo que Wodsworth llamaba “la única gloria de la naturaleza corrompida”. Esta gloria y esperanza es la Mujer.

No es una diosa, no es de naturaleza divina, ni tiene, por tanto, derecho de que se le adore, aunque sí de que se le venera, y salió de la materia física y cósmica, pero tan sumamente santa y buena, que cuando Dios bajó a la tierra la eligió por Madre Suya y Señora del mundo.

Es en extremo interesante hacer resaltar que la Teología de los rusos, antes de que el corazón de su pueblo se helase con las teorías de los enemigos de Dios, enseñaban que Jesucristo vino al mundo para iluminarle, cuando los hombres habían rechazado al Padre Celestial. Añadía que cuando el mundo hubiese rechazado a Jesucristo, como hace ahora, de las tinieblas de la noche del pecado surgiría Su Madre, para dar luz a la oscuridad y guiar al mundo hacia la paz.

La hermosa aparición de la Virgen Bendita de Fátima, en Portugal, de abril a octubre de 1917, fue una comprobación de la tesis rusa: cuando menos hubiere reconocido el mundo al Salvador, Él nos mandaría a Su Santísima Madre para salvarnos. Y fue precisamente en el mismo mes en que estalló la Revolución bolchevique cuando hizo la Virgen su principal revelación. En otra transmisión trataremos de lo que se dijo entonces. De lo que quiero hablar hoy es de la Danza del Sol, que se verificó el 13 de octubre de 1917. Los amantes de la Madre de Nuestro Señor no necesitan pruebas ulteriores. Y como los que desgraciadamente no conocen ni al Uno ni a la Otra preferirán los testimonios de quienes rechaza, ya sea a Dios o a Su Madre, presentaré la descripción hecha del fenómeno por el articulista ateo del entonces diario anárquico portugués “O Século.”

Dicho periodista fue uno de los 70,000 espectadores que observaron el prodigio. Y lo describe así: “Un espectáculo único e increíble... Puede verse la inmensa muchedumbre vuelta al sol, que aparece libre de nubes en pleno mediodía. El astro rey semeja un disco de plata y se le puede mirar sin molestia alguna... La gente, con la cabeza descubierta y presa de terror, abre los ojos, intentando escudriñar el azul del cielo. El sol se ha estremecido y hecho unos

movimientos bruscos, sin precedentes y fuera de todas las leyes cósmicas: Según expresión gráfica de los campesinos, “El sol bailaba.” Daba vueltas en torno suyo, como una rodancha o rueda de juegos artificiales, y llegó casi a quemar la tierra con sus rayos... Queda para los competentes opinar sobre la danza macabra del sol, que hoy ha hecho Fátima que los pechos de los fieles prorrumiesen en ¡Hosanas! Y a impresionado a los librepensadores y a los que menos se preocupan por los problemas religiosos.”

Otro diario ateo y anticlerical, “A Orden,” escribió: “El sol aparece circundado en unos momentos por llamas de color carmesí, y en otros, aureoleado de amarillo y matices rojizos. Pareció girar sobre sí mismo en rápido movimiento de rotación, desprendiéndose aparentemente del cielo para acercarse a la tierra, irradiando un intenso calor.”

¿Por qué se serviría Dios Todopoderoso de la única fuente de luz y de calor indispensable a la naturaleza para revelarnos el mensaje de la Virgen e 1917, en la terminación de la primera guerra mundial, si no iban a arrepentirse los hombres? Solamente podemos hacer conjeturas. ¿Quería, acaso, significar que la bomba atómica oscurecería al mundo como un sol vacilante?

No lo creo.

Tengo por más seguro que fuese una señal de esperanza y que significase que la Virgen nos ayudaría a huir de la perversión de la naturaleza realizada por el hombre.

La Sagrada Escritura nos tiene anunciado: “Después aparecerá un gran prodigio en el cielo, una mujer que tendrá al sol por manto” (Apocalipsis, 12, 1).

Durante siglos y siglos ha dicho la Iglesia en sus cantos a María, “Electa ut Sol,” bella como el sol, que da la vuelta al mundo esparciendo su luz por doquier, salvo donde los hombres se guardasen de ella, calentando lo que estuviere frío, abriendo los capullos para convertirlos en flores y dando fuerza a lo que estuviere debilitado.

¡Fátima no es una advertencia, sino una esperanza!

Mientras el hombre toma el átomo y lo desintegra para anonadar al mundo, María mueve el sol como un juguete colgado de su muñeca para convencer al mundo de que Dios le ha conferido un enorme poder sobre la naturaleza, pero no para la muerte, sino para la luz, la vida y la esperanza.

El problema del mundo moderno no es la existencia de la gracia, sino la existencia de la naturaleza y su necesidad de la gracia.

María es el eslabón de conjunción y nos asegura que no se nos destruirá porque la misma central de la energía atómica, el sol, es un juguete en sus manos.

De la misma manera que Cristo hace de mediador entre Dios y el hombre, la Virgen hace de mediadora entre el mundo y Cristo.

Así como un hijo desnaturalizado que se hubiese rebelado contra su padre y se hubiese marchado de la casa paterna se dirigiría a la madre, al querer volver, para que intercediese con el padre, de igual modo debemos recurrir nosotros a María, la única criatura pura y sin mancha que puede interceder entre nosotros, hijos rebeldes, y su Divino Hijo.

No es necesaria una tercera guerra mundial, y aun lo será menos si ponemos a la Mujer contra el átomo.

La ciencia ha hecho cuanto estaba de su parte para nuestra comodidad en la tierra, y ahora, por el contrario produce una cosa que podría dejarnos a todos sin hogar. Temerosos de esto, volvámonos a la Mujer, que también se vio sin techo protector porque “no había sitio en las posadas”.

Rusia es cierto que quisiera conquistar el mundo para Satanás. Pero nosotros seguimos esperando. Entre las criaturas hay una mujer que puede acercarse al mal sin que ésta la muerda. En los albores de la historia de la humanidad, cuando el diablo tentó al hombre para que le sustituyese su amor a Dios por el egoísmo, Dios prometió que el talón de una Mujer aplastaría la cabeza de la serpiente. Que en vez de una cobra roja que mate sean la hoz y el martillo, tiene poca importancia para la Mujer a través de la cual conquiste Dios la hora del mal. Empezad por

rezar como no lo habéis hecho hasta el presente. Rezad el Rosario por la mañana, mientras os dirigís al trabajo, en vuestra casa cuando tengáis un rato libre y durante vuestro trabajo en el campo o en el almacén.

¡Si rezamos, no habrá más guerra! Eso es absolutamente cierto.

El pueblo ruso no ha de conquistarse mediante una guerra. ¡Demasiado ha sufrido en estos treinta y tres últimos años!

Se debe acabar con el comunismo, y esto puede lograrse mediante una revolución interior.

Rusia no tiene contra sí una bomba atómica tan sólo, sino dos. La segunda bomba es el sufrimiento de su pueblo, que gime bajo el yugo de la esclavitud. ¡Cuando explote, lo hará con una fuerza infinitamente superior a la del átomo!

Pero también tenemos nosotros necesidad de una revolución como Rusia.

Nuestra revolución debe venir desde el interior de nuestros corazones, es decir, que hemos de reconstruir nuestras vidas, del mismo modo que la revolución rusa debe comenzar por el interior, sacudiéndose el yugo de Satanás.

La revolución rusa marchará al paso de la nuestra. Pero, sobre todo, hemos de tener esperanza. Si para el mundo no hubiese esperanza de salvación, ¿hubiese enviado Jesús a Su Madre con la energía atómica del sol a sus órdenes?

¡Oh María! Hemos desterrado a tu Divino Hijo de nuestras vidas, de nuestras asociaciones, de nuestra educación y de nuestras familias. ¡Ven con la luz del sol como símbolo de Su Poder! Rompe nuestras guerras, nuestra oscura inquietud. Enfría la boca de los cañones encendidos por la guerra. Aparta nuestras mentes del átomo y nuestras almas del abuso de la naturaleza. Haznos renacer en tu Divino Hijo a nosotros tus ya antiguos hijos de la tierra.

¡Por el amor de Jesús!

## LA VIRGEN DE LA MATERNIDAD

¿Hay entre el público que me está escuchando alguna madre cuyo hijo se haya distinguido en el campo de batalla o en su profesión? Si la hay, le rogamos que diga a los demás que el respeto con que a ella se la distingue no disminuye en nada ni el honor ni la dignidad de su hijo.

¿Por qué, entonces, han de pensar algunos que todo acto de reverencia hacia la Madre de Jesús disminuye el poder y la divinidad de Nuestro Señor? Conozco a falso e ignorantes que afirman que los católicos adoran a María o la convierten en una diosa; pero eso es una mentira, y como ninguno de los que me escuchan querrá cargar con semejante necedad, continuaré haciendo caso omiso de tal acusación.

¿Sabes de dónde se me figura que procede esta frialdad y olvido para la Bendita Madre? De no considerar que Su Hijo, Jesús, es el eterno hijo de Dios.

Desde el momento en que se ponga a Nuestro Señor al mismo nivel que a Julio César o a Carlos Marx, a Buda o a Carlos Darwin, es decir al considerársele sólo como a un hombre, entonces el pensar reverenciar de manera especial a Su Madre como si fuese diferente de nuestras madres, resulta decididamente repulsivo.

Todos pueden decir: Yo tengo mi madre, que vale tanto como la vuestra. Ese es el motivo de que no se haya escrito mucho sobre la madre de los grandes hombres, puesto que cada cual considera a su madre como la mejor.

Ninguna madre de mortal tiene derecho a que se la quiera más que a las demás madres. No creo que haya ningún hijo que eligiera a la madre de otro por Madre de las madres.

Fijémonos en el caso de San Juan Bautista. De él dijo el Señor: “Es el hombre más ilustre que haya engendrado una mujer.”

Supónganse que se estableciera un culto especial para honrar a su madre, Santa Isabel, como superior a todas las madres: ¿quién de nosotros no protestaría, juzgando excesivo ese honor al considerar que San Juan Bautista era solamente un hombre? Si Nuestro Señor fuera también



solamente un hombre, o un reformador de costumbres, o un sociólogo, entonces compartiría el resentimiento del más intransigente fanático sobre que la Madre de Jesucristo sea diferente de las otras madres.

El cuarto mandamiento dice: “Honra a tu padre y a tu madre,” pero no dice a la madre de Gandhi o al padre de Napoleón.

El mandamiento de honrar a nuestro padre no nos impide adorar al Padre Celestial. Si el Padre Celestial envió a Su Hijo a esta tierra, entonces el mandamiento de honrar a nuestra madre terrena no nos vedará venerar a la Madre del Hijo de Dios.

Si la Virgen no fuera más que la madre de otro hombre, entonces no podría ser al mismo tiempo madre nuestra también, porque los vínculos de la carne son demasiado exclusivos. La sangre no admite más de una madre. Largo es el paso entre una madre y una madrastra, y bien pocos son los que pueden dar ese paso.

El Espíritu, en cambio, admite otra madre.

Siendo María la Madre de Dios, puede ser también la madre de cualquiera que haya redimido Jesucristo. El secreto para comprender a María es el de tomar a Cristo Hijo de Dios, como punto de partida y no a la Virgen. Cuanto menos se piense en Él, menos pensaré en Ella; cuanto más piense en Él, más pensaré en Ella; cuanto más adore la divinidad de Cristo, más veneraré la maternidad de la Virgen; cuanto menos adore la divinidad de Cristo, menos motivos tendré para respetar a la Virgen.

¡Estoy seguro de que no toleraría ni siquiera oír pronunciar el nombre de la Virgen si estuviese tan pervertido que no creyera en Cristo, Hijo de Dios!

No se encontrará a nadie que ame de verdad al Señor como Divino Salvador y que no ame a María. La maternidad de la Virgen es diferente de todas las demás, precisamente por Su Hijo.

Me acuerdo ahora de un chiquito de una escuela parroquial que hablaba de la Virgen con un profesor vecino suyo. El profesor, uno de esos intelectuales con instrucción superior a su inteligencia, se burlaba del chiquillo, a quien decía: “¡Pero no existe diferencia alguna entre Ella (la Virgen) y mi madre!” Eso dice usted –repuso el chico-, pues hay un rato largo de diferencia entre los hijos.”

¡Magnífica contestación!

La Virgen no es una persona “particular” como lo son las demás madres. Pero no somos nosotros quienes la hemos hecho diferente de las demás. No hemos sido nosotros los que la hemos elegido para su excelsa dignidad, sino el Señor.

Pensemos en Jesús y en Su Madre. Jesucristo es mediador entre Dios y la humanidad. Ella es mediadora entre Cristo y nosotros.

Ante todo, Nuestro Señor es mediador entre Dios y el hombre.

Un mediador es como un puente que une las orillas de un río, sólo que en este otro caso el puente está tendido entre el cielo y la tierra.

Así como ustedes no pueden tocar el techo sin la ayuda de una escalera, tampoco podría el hombre pecador llegar a Dios sin la ayuda de Uno que es Dios y hombre al mismo tiempo. Como hombre, puede intervenir en nuestro nombre y cargar con nuestros pecados; como Dios, todas Sus palabras, milagros y muerte tienen un valor infinito, y puede, por eso recuperar más de lo que hemos perdido.

Dios se hizo hombre sin dejar de ser ni Dios ni hombre, y por eso es nuestro mediador, nuestro Salvador y nuestro Divino Señor.

Hablemos ahora de María, la Mediadora entre Cristo y nosotros.

Estudiando la vida de Nuestro Señor, viendo que fue el primer evadido huyendo de la persecución de un gobierno cruel, que trabajó como carpintero, que enseñó y nos redimió, sabemos que todo eso comenzó al tomar la naturaleza humana y convertirse en un hombre. Si Jesucristo no hubiese sido hombre, no habrían oído los hombres el sermón de la montaña, ni perdonar a los que habían traspasado Sus manos y sus pies al clavarlo en la cruz. La Virgen María fue quien dio a Nuestro Señor la naturaleza humana. El Señor le pidió a la Virgen que le diese una vida humana, que le diese manos con las que bendecir a los niños, pies con los que

andar en busca de las ovejas extraviadas, ojos con los que llorar a los amigos muertos, y un cuerpo, en fin, con el que sufrir para podernos proporcionar una resurrección en libertad y amor.

A través de Ella, se hizo Él puente entre lo divino y lo humano. Sin Ella, o Dios no sería hombre, o el nacido de Ella sería hombre y no Dios.

¡Sin Ella, no tendríamos en modo alguno a Nuestro Señor! Si se tiene una caja de caudales, se sabe que hay que prestar mucha atención a la llave. No se crea que la llave sea el dinero que se guarda en la caja, pero se sabe que sin la llave no se puede sacar el dinero.

Pues bien, la Virgen es como esa llave. Sin Ella, no podríamos tener al Señor, porque Él nos vino mediante Ella. La Virgen no ha de compararse con el Señor, pues es una criatura, y Él, en cambio, el Creador. Pero sin la Virgen no podríamos llegar al Señor. He ahí la razón por la que debemos prestar tanta atención a la Virgen María; sin Ella, nunca podríamos imaginar cómo pudo tenderse un puente entre el cielo y la tierra.

Se puede objetar: “Me basta con el Señor, no tengo necesidad de la Virgen.”

Pero el Señor sí tuvo necesidad de María Santísima. Y lo que más nos importa es que el Señor dijo que nosotros tenemos necesidad de Ella, porque nos dio a Su Madre por Madre nuestra.

En el Viernes que los hombres llamamos Santo, cuando el Señor fue izado en la cruz como bandera de nuestra salvación, miró a las dos criaturas que más apreciaba en la tierra: a Su Madre y a San Juan, Su discípulo predilecto.

En la noche anterior, durante la Última Cena, nos había legado, como última voluntad, lo que ningún hombre ha podido dejar a sus herederos, es decir, a Sí mismo en la Sagrada Eucaristía. De esa forma estaría con nosotros como Él dijo- “siempre, hasta la consumación de los siglos.”

En las oscuras sombras del Calvario, aun añadió el Señor un codicillo a Su testamento. Allí, bajo la cruz, pero no postrada, sino de pie, como observa el Evangelio, estaba Su Madre.

Como hijo, el Señor pensó en Su Madre; como Salvador, en nosotros.

Y así, nos dio a Su Madre con estas palabras: “He ahí a tu Madre.” Y al hablarle a Ella, la nombró con el título de una maternidad universal: “Mujer”, y le encomendó a cada uno de nosotros: “He ahí a tu hijo.”

Por fin, es bien clara la descripción que hace el Evangelio del nacimiento de Jesús: María “dio a luz a “Su primogénito” y lo puso en un pesebre.”

San Pablo Lo llama “El primogénito de todas las criaturas.”

¿Quiere esto decir que la Virgen debía tener otros hijos?

¡Claro! Pero no según la carne, porque Jesús fue su único Hijo; Ella debía tener otros “espiritualmente,” y de éstos, San Juan era el primero que estaba al pie de la cruz, quizá fuese el segundo San Pedro, Santiago el tercero y nosotros el billonésimo de los hijos.

La Virgen celebró “con alegría” el nacimiento de Cristo, que nos redimió; después celebró “con dolor” el nacimiento a la nueva vida de nosotros, los redimidos por Jesucristo.

Nosotros somos hijos de María, hermanos de Jesucristo, y no figuradamente, no metafóricamente, sino en virtud de los dolores del parto.

Así como aceptamos que Dios es nuestro Padre y le llamamos, a rezar, “Padre nuestro,” del mismo modo no rehusamos el preciado don de su Madre, y al rezar le decimos: ¡Madre nuestra! Así, pues, la caída del hombre quedó cancelada con el árbol de la Cruz; con otro Adán: Cristo; y con otra Eva: María.

Mirando una imagen de una madre con su hijito, no puede uno separar a la madre y pretender conservar al hijo.

Si tocáis a la Madre, estropearéis al Hijo.

Todas las religiones del mundo, con excepción del Cristianismo, se pierden en mitos y leyendas.

Cristo se aparta de todas las deidades del paganismo precisamente por estar vinculado “a la mujer y a la historia”. “Nació de la Virgen María, padeció bajo Poncio Pilatos.” Con razón llama Conventry Patmor a María “nuestra única salvadora de un Cristo abstracto.” No es mucho más fácil representarnos a Cristo manso y humilde de corazón mirando a Su Madre.

La Virgen tiene en sí todas las grandes verdades del Cristianismo de la misma manera que el palo tiene ligada la birlocha. Los niños enrollan el hilo de la birlocha en un palo y luego lo van soltando conforme asciende la cometa balanceándose, hacia el cielo. María es a manera de ese palo, y enrollamos en ella el hilo de las grandes verdades de nuestra Santa Fe: la Encarnación, la Eucaristía, la Iglesia.

Por mucho que nos alejemos de la tierra, como la birlocha, siempre tendremos necesidad de María para estar relacionados con el contenido del Credo. Si desaparece el palo, perderéis la birlocha; sin María no tendréis a Nuestro Señor: se perdería el cielo, como la birlocha, y eso sería terrible para nosotros los de la tierra.

La Virgen no nos impide honrar al Señor. Nada más cruel para Ella que decir que enajena las almas de Cristo. Eso equivaldría a afirmar que el Señor se escogió una Madre egoísta. Por mi parte, puedo decir que si la Virgen me alejase de Su Hijo, renegaría de Ella.

Si fuera a verlos a su casa y no quisiera cruzar palabra con su padre, ¿me podrían creer que los aprecio de verdad? ¿Y qué les parece que puede sentir Nuestro Señor de quienes cuenca tienen atención alguna para con Su Madre?

¿No ha sido bastante buena con ustedes la Madre de Jesús? Piensen que si el Señor no la hubiera elegido, no habríamos tenido a Nuestro Divino Salvador. ¿Qué feliz me sentiría si en el día del juicio no tuviese el Señor otra acusación que echarme en cara más que la de haber amado demasiado a Su Santísima Madre!

Nuestro amor no tiene su principio en María, y por eso no termina en María. La Virgen es la ventana a través de la cual tiene nuestra humanidad una primera visión de la divinidad en la tierra. Tal vez sea Ella como una lente de aumento que intensifica nuestro amor para con Su Hijo y hace más ardientes y vivas nuestras plegarias.

Dios hijo el sol, pero también la luna. La luna no quita el esplendor al sol. Si no existiese el sol, la luna sólo sería un carbón apagado que vagaría por la inmensidad del espacio. Toda luz de la luna es reflejo de la del sol. La Virgen María refleja a Su Divino Hijo. Sin Él, Ella no es nada. Ella es la Madre del Hombre.

En las noches oscuras nos alegra ver aparecer la luna y su brillo nos dice que existe el sol. Así, en la noche oscura de la vida, cuando los hombres vuelven la espalda al Señor, que es la luz del mundo, miramos a María para guiar nuestros pasos mientras no nos llega el alba.

Les pido que hagan el siguiente experimento. Me dirijo especialmente a tres grupos de personas: a los que desesperan de su salvación, pecadores y confusos que han agotado todos los recursos humanos en busca de la paz; a los que se sienten cansados de la vida y experimentan una sensación de profunda vergüenza y de culpa, y a los que no tienen fe, aturdidos, escépticos y cínicos. Recen el rosario durante treinta días seguidos a partir de hoy mismo. No digan: “¿Cómo voy a rezar si no creo?” Si se hallan perdidos en una selva, vocearían aunque no creyeran que hubiera alguien cerca. Por eso, empiecen el rezo. Quedarán sorprendidos. Les prometo que la Virgen les responderá.

Mueren soldados en el campo de batalla de Corea; muchos de ellos gritan en su último momento de desesperación: “¡Madre mía! ¡Quiero ver a mi madre!” El mayor soldado de todos los tiempos, hallándose moribundo en el campo de batalla del Calvario, en contra del impulso de la naturaleza, nos dio una prueba superior de amor al darnos a Su Madre: “He ahí a tu madre.”

Que cada uno de nosotros pueda gritar a nuestra Madre Celestial en estos días de guerra y odio, cuando han fallado todos los resortes humanos: “Madre de mi Señor Jesucristo, te quiero. Intercede con tu Divino Hijo por la paz del mundo.”

¡Por el amor de Jesús!

## LA VIRGEN DE LA ANUNCIACIÓN

Hoy vamos a tratar de uno de los más hermosos temas que puedan existir: del misterio de María Virgen y Madre. Una mujer puede conservar su virginidad por uno de estos tres motivos:

Por no haber tenido ocasión de casarse;

Por no haberlo querido hacer;

Por haber prometido a Dios mantenerse pura, aun teniendo mil ocasiones de casarse.

María, la Madre de Dios, fue Virgen por el tercer motivo. Se enamoró de Dios en su primera infancia. Fue un amor bello y absoluto, primero y último, principio y fin.

Creo que Nuestra madre hizo voto de virginidad por considerarse indigna del inmenso honor de dar vida al Salvador del mundo. Sin embargo, ya poseía un título de preferencia sobre otras mujeres, toda vez que en la Biblia se leía que el Señor descendería de la casa de David (el gran Rey que había vivido siglos antes), y María pertenecía a dicha estirpe real.

¿Cómo sabemos que María hizo voto de castidad? Por su respuesta al arcángel San Gabriel.

Descendió el Ángel desde la luz deslumbradora del trono de Dios para aparecerse a la Niña recogida en oración, y se verificó la Anunciación, pues por vez primera, al cabo de los siglos, se dio la buena nueva. Hasta entonces se había hablado de la caída del hombre, por culpa de una mujer; desde aquel día, el Anuncio sería el de la regeneración del hombre por medio de una Mujer.

Un Ángel fue el que La saludó. El Embajador de Dios, acostumbrado a que los hombres le rindiesen honores, esta vez no dio órdenes, sino que saludó a María con estas palabras: “Dios te salve, llena de gracia,” queriendo significar la primera parte del saludo “alégrate,” y también “la paz sea contigo.” Las otras palabras, “llena de gracia,” significan “admirable” y “llena de todas las virtudes.” Era casi como una afirmación por la que el Ángel de Dios la declaraba el objeto de la Divina Complacencia.

Y la humilde Doncella se sorprendió menos de la aparición del Mensajero Divino que del saludo y del inesperado tono del divino aprecio.

Poco después, al visitar a su prima Santa Isabel, oiría que le preguntaba: “¿Cómo es que viene a visitarme la Madre de mi Señor?” Pero en la visita del mensajero celestial, le correspondía a María preguntar: “¿Por qué viene a verme el Ángel de mi Señor?” Y el Ángel se apresuró a exponerle el motivo de la visita.

Ella debería cumplir en sí misma lo que el profeta Isaías había anunciado siete siglos antes: “Una Virgen habrá de concebir y dar a luz un hijo que se llamará Emmanuel (Dios con nosotros). El Ángel, haciendo una clara alusión a esa profecía, Le dijo: “Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios Le dará el trono de David, su Padre, y reinará para siempre en la casa de Jacob, y su reino no tendrá ya fin” (San Lucas, 1, 30-33).

Este gran honor constituyó un grave problema para María, que había hecho voto a Dios de su cuerpo y de su alma. Según ella, no habría podido ser nunca madre, y por eso dijo: “No conozco a ningún hombre,” como si dijera: No deseo conocer a ningún hombre.

La Biblia no habla nunca del matrimonio con términos sensuales, sino como “conocimiento”. Por ejemplo: “José no conoció a María” (San Mateo 1, 19). “Adán conoció a Eva y ésta concibió” (Génesis 4,1).

Y eso era por entender Dios que el marido y la mujer deben estar unidos como la mente con lo que conoce. Saben ustedes, por ejemplo, que dos y dos son cuatro, y no nos ponemos a pensar en nada que se interponga entre el pensamiento y ese hecho.

Su brazo no está tan unido al resto del cuerpo como una cosa conocida a su mente. Así es el lazo indisoluble entre marido y mujer.

Por dicho motivo, dijo María: “¿Cómo podrá ser así si no conozco a hombre alguno?” María no dijo: “No me he de casar y por tanto nunca podré ser la madre de Jesús”: eso hubiera sido desobedecer al Ángel que le había pedido fuese Madre.

Tampoco dijo la Virgen: “No quisiera casarme, pero cúmplase la voluntad de Dios”, porque eso no hubiera sido permanecer fiel a sí misma y a su voto. María deseaba ilustrarse acerca de su obligación; pero como hasta entonces siempre habían sido incompatibles la maternidad y la virginidad, ¿cómo resolvería Dios la cuestión? Su objeción a la natividad virginal tenía una

base científica. Ciertamente que no podría ser cosa natural, sino sobrenatural. Dios podría hacerlo, pero ¿cómo?

Mucho antes de que la Biología pusiese su interrogante sobre la posibilidad de la maternidad de una virgen ya lo puso María con el clásico “¿cómo?”

El ángel le repuso que en su caso se produciría el nacimiento sin el contacto de un hombre, sin amor humano, aunque no sin Amor Divino, porque la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo, que es el Amor de Dios, bajaría a Ella, y el que naciera de ella sería “el Hijo de Dios”.

María vio al instante que esto le permitiría mantener su voto.

Ella no buscaba otra cosa que amar a Dios.

En el momento en que el Espíritu de Amor prendió en su alma de manera que concibió a Cristo en ella misma, debió quedar en arrobamiento de éxtasis, cosa que tratan en vano de conseguir las criaturas humanas cuando resultan dos en una sola carne.

En el amor humano, el éxtasis se produce primeramente en el cuerpo y luego, indirectamente en el alma.

El Amor de Dios debió inflamar de tal modo el corazón, el cuerpo y el espíritu de la Virgen, que fue posible decir de ella cuando nació Jesús: “Este es el Hijo del Amor”.

Como supo que el Amor de Dios sustituiría al amor humano y que sería Madre permaneciendo Virgen, en el gran misterio de la vida, María dio su consentimiento: “Hágase según tu palabra”, es decir, quiero lo que quiere Dios con su sabiduría.

En aquel instante fue concebido el Verbo: “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.”

Antes de la caída, la mujer fue sacada del hombre extasiado en el sueño. Ahora nace el Hombre de la Mujer en el éxtasis del espíritu.

De la Anunciación se desprende una de las verdades más sublimes del mundo: la vocación de la mujer para los supremos valores religiosos.

María vino al mundo para restablecer la primitiva misión de la mujer, la de ser la portadora de Dios a la humanidad.

Toda mamá que da a luz a una nueva criaturita, lo hace porque Dios infunde el alma a cada recién nacido, y de este modo la nueva mamá es una cooperadora de la Divinidad, es decir, participa de lo que sólo Dios puede dar.

Así como el Sacerdote hace bajar al Salvador Crucificado al altar en el momento de la consagración, de igual manera cada madre hace descender a la tierra en el nacimiento, según el orden de la creación, al espíritu salido de las manos de Dios.

Por eso dice León Bloy: “Una mujer, cuanto más mujer, más santa es.”

No es que las mujeres sean más religiosas que los hombres por naturaleza. Eso es razonar como los hombres que han hecho dejación de sus ideales.

Tanto el hombre como la mujer han recibido de Dios su propia misión y se complementa el uno y la otra, como el arco y el violín.

Cada uno puede tener su representación en el orden de la naturaleza. El hombre cabe compararlo al “animal” por su deseo de poseer, por su movilidad e iniciativas.

La mujer se parece a la “flor”, colocada entre el cielo y la tierra; es, por su maternidad, como la tierra, y es cielo por su aspiración a crecer hacia arriba, hacia Dios.

La característica del hombre es la iniciativa; lo propio de la mujer es la cooperación.

El hombre coopera con la naturaleza; la mujer, con Dios.

El hombre fue designado para cultivar la tierra: “regirás la tierra”; la mujer, para ser portadora de la vida que viene de Dios.

El recóndito deseo de la mujer en la historia, el deseo secreto de todo corazón femenino, tuvo cumplimiento en el instante en que dijo María al Ángel “fiat”, hágase en mí según tu palabra. Esta es la más noble de las cooperaciones. Aquí está la esencia del feminismo: en la aceptación, la resignación y la sumisión: “Cúmplase en mí.” La joven que permanece soltera y cuida a su madre con su “fiat” de renunciamiento y sacrificio; la esposa que acepta al esposo en la unión de la carne; la Santa que sobrelleva las crucetitas que el Señor opone en su camino, y

esta Mujer Única que somete su alma al Divino misterio de llevar en su seno a Dios hecho hombre, con grados diversos en la hermosa representación de la mujer, de su sublime vocación en la entrega total para la aceptación de los designios Divinos y de la sumisión a lo que viene del cielo.

María se llamó a sí misma la Esclava del Señor, y eso es toda mujer. El no serlo, disminuye su propia dignidad.

Los momentos menos dichosos para el corazón de una mujer son aquellos en los que no puede dar; los momentos más diabólicos son aquellos en los que “rehúsa” dar.

Si a una mujer se le niega toda satisfacción en la urgente necesidad de dar, se resiente de una sensación profunda de vacío más intensa que cuanto pueda experimentar el hombre a pesar de la mayor profundidad de su fuente de amor.

Cuando una mujer presta su ayuda a las misiones, reza por el mundo, visita a los enfermos en sus horas libres de negocios y ocupaciones, ofrece sus servicios en los hospitales, tiene cuidado de sus hijitos, queda satisfecha porque cumple su misión de colaboradora de Dios.

La liturgia habla de la mujer como cumplidora del misterio del amor. Y amar no quiere decir tener, tener en propiedad y poseer, sino que significa darse, no pertenecerse ya, sino renunciarse a sí misma. Darse toda a los demás.

La mujer puede amar a Dios a través de las criaturas o directamente como hizo María; pero para sentirse feliz debe llevar a Dios al hombre.

En el “misterio del amor” toda mujer siente necesidad, no ya de la unión corpórea, sino del alma.

El hombre habla de cosas; la mujer, de personas.

El hombre se deja llevar por el amor al placer; la mujer, por el placer del amor, y su signo es el enriquecimiento que con él le viene al alma.

En ese instante apasionado, la mujer alcanza la plenitud de su ser por amor de Dios.

Como se subordina la tierra a la necesidad de la semilla para la obtención de las cosechas; como el enfermero se somete a las necesidades del enfermo para curarlo; como la mujer acepta las exigencias de la carne por el amor de los hijos; así acepta María la divina voluntad por la redención del mundo.

Y el sacrificio está estrechamente ligado a la sumisión.

Sumisión que, por otra parte, no es pasividad sino acción activa con olvido de sí mismos.

La mujer está hecha para lo que es Sagrado, es instrumento del cielo en la tierra. María es el máximo ejemplo, el modelo que reúne en sí las más profundas aspiraciones del corazón de toda hija de Eva.

Virginidad y maternidad no son tan inconciliables como a primera vista pudieran parecer.

Toda virgen tiende a madre y toda madre tiende a virgen.

Toda virgen siente necesidad de llegar a ser madre o física o espiritualmente, porque si no crea una vida de mamá, de enfermera, de maestra, su corazón se siente a disgusto, apenado, como un navío gigante en aguas de poco fondo.

La mujer tiene vocación de engendrar la vida, ya sea en la carne, ya en el espíritu mediante la conversión.

Por otra parte, toda mujer y madre llora su virginidad, no por querer recuperar lo que ha dado, sino para poder dar otra vez con mayor intensidad, más piadosamente y con mayor sentido de lo divino.

En toda virginidad hay algo incompleto, no dado, descuidado, retenido.

En toda maternidad hay algo perdido, algo dado y tomado irrevocablemente.

Pero en la virginidad de María nada se retuvo; todo se sometió y nada se tomó en Su Maternidad.

Mies sin pérdida de semilla – otoño en eterna primavera-, sumisión sin despojo - ¡Virgen Madre!

¡Melodía única salida del violín de la creación de Dios sin rotura de cuerdas!

¿Queréis pedirle, hombres, poder apreciar la bondad de Dios al darnos a la Virgen?

Y quiera Ella, la Virgen Madre, cuyo Amor mismo se hizo esclavo, escuchar nuestra plegaria por la conversión de Rusia.

¡Quiera ella evitarnos la guerra, que nos ayude a ser otra vez juiciosos, que puede ser Ella la “Seductora” que conquistó nuestro amor para llevarnos a Cristo.

¡Por el amor de Jesús!

## LA VIRGEN DEL NACIMIENTO

Hoy hablaremos de un hecho maravilloso, único en la historia del mundo, cual es el nacimiento de Jesucristo de la Virgen María.

Puede parecer una cosa imposible. Pero nada hay imposible para Dios.

Y queremos probar el hecho al referirnos planteando dos problemas.

¿Por qué creemos en el nacimiento de Jesús de una Virgen?

¿Era conveniente que Dios eligiese este camino?

Tratándose de una verdad revelada, podríamos creerla sin más; pero prefiero considerarla como hecho histórico.

Es históricamente cierto que Jesús nació de la Virgen María, como lo es que César murió en los Idus de marzo.

El hecho de que la Biblia esté inspirado por Dios nos da la certidumbre de las verdades contenidas en ella. Pero esto no nos impide que consideremos el nacimiento de Jesucristo como un hecho histórico normal.

Muchísima gente cree que el Evangelio es el primer criterio de verdad del mundo cristiano. Pero hay algo anterior a los escritos del Nuevo Testamento: la catequesis oral de la Iglesia.

La Iglesia tuvo mártires antes de escribir el primer libro del Nuevo Testamento y el Papa continuaba la obra de Jesús y hablaba en Su nombre antes de haberse escrito la primera línea de las Epístolas o de los Evangelios. Jesucristo no mandó escribir sino enseñar y antes había dicho: “¡Quien a vosotros oye, a mí oye!”

El Evangelio salió de la Iglesia y no la Iglesia del Evangelio.

Cuando quedaron redactados los Evangelios, no fueron sino la síntesis inspirada de la Catequesis oral de los Apóstoles.

Del mismo modo que los patriotas de las guerras de la Independencia precedieron a la Constitución de la Unidad Italiana, así la Iglesia precedió a los Evangelios que, en último análisis, no fueron sino la síntesis inspirada de la primitiva Catequesis. San Lucas quiso explicar a su amigo Teófilo que había escrito para que pudiese “conocer la verdad de las palabras con las que ya había sido instruido.”

El nacimiento de Jesucristo es un hecho histórico, lo mismo que la crucifixión. No se creyó por estar escrito, sino que se escribió por ser verdad.

El Credo Apostólico no menciona los Evangelios, aunque contenga una síntesis definida de los Evangelios. Uno de los hechos mencionados en el Credo es que el Señor “nació de Santa María Virgen”.

Me parece interesante y curioso que San Lucas, médico, y que, por consiguiente, hubiera debido dudar más que otros del hecho, fuese el Evangelista que más hablase de esto. ¿Y quién se lo enseñó sino la Catequesis primitiva, basada en un hecho histórico ocurrido y comprobado?

No quiero ofender su discernimiento extendiéndome sobre el absurdo atribuido a “un solo testigo” que habla de los hermanos del Señor, de lo que deducen algunos que María no permanecería Virgen.

Cuando un predicador se dirige desde el púlpito a los oyentes con un “hermanos míos muy amados”, no quiere decir que sean todos hijos de una misma madre. La palabra “hermano” se

emplea en la Sagrada Escritura con sentido muy amplio, y abarca no sólo a los parientes, sino incluso a los amigos. Así, por ejemplo, Abraham llama hermano a Lot.

Algunos de los llamados hermanos de Jesús, Santiago y José, son hijos de otra María, hermana de la madre de Jesús y esposa de Cleofás.

Santiago, que es designado especialmente como hermano de Jesús, figura en la relación de los Apóstoles como hijo de otro padre (San Mateo, 10, 3; San Marcos, 3, 18; San Lucas, 6, 55).

Vayamos ahora a la segunda pregunta.

¿Por qué quiso Cristo, Hijo de Dios, nacer de una Virgen?

Si les gustan los misterios, aquí tenemos uno.

La parte esencial de la cuestión, a nuestro modo de ver, es ésta: ¿Cómo podría Dios hacerse hombre y quedar libre de pecado?

El Señor quería ser hombre en el sentido más completo de la palabra, para poder actuar en nuestro nombre, para implorar a favor nuestro y para pagar nuestras deudas.

Pero, por otra parte, no habría podido ser Redentor nuestro si, al igual que nosotros, hubiese nacido contaminado por el pecado original.

En ese caso, también habría de haber sido redimido Él.

Si yo me estoy ahogando, no puedo auxiliar a otro que también se ahogue.

El Señor debía estar exento de toda culpa de la humanidad para poder ser su Salvador.

Creo que vemos el problema. Tratemos de resolverlo.

¿Cómo podría Dios hacerse hombre y quedar libre de pecado?

¿Cómo podría el Señor, según San Pablo, “ser todo como nosotros, con excepción del pecado?”

Al nacer de una mujer, podría ser solamente hombre.

Podría quedar exento del pecado original naciendo de una Virgen.

Resulta obvio que al nacer de una mujer formaría parte de nuestra humanidad.

¿Y por qué podría quedar exento al nacer de una Virgen?

El pecado original se transmite en el género humano a través del acto de generación, acto que en sí mismo carece de culpa.

Al querer iniciar el Señor una nueva humanidad e interrumpir lo que había sido malo desde el tiempo de Adán, debía evitar el acto de generación por medio del hombre.

En otros términos, debería nacer de una Virgen.

En tal caso, sería hombre por ser hijo de una mujer, y estaría libre de pecado por nacer de una Criatura intacta.

En el Nacimiento del Señor, la Virgen fue como la esclusa en un canal. Un barco que navegue por putrefactas aguas bajas y desee hacerlo por aguas más elevadas y puras, no puede pasar directamente de unas a otras, pues si tal se pretendiera, al mezclarse ambas aguas quedarían igualmente contaminadas. Pero al existir una esclusa entre ambas en cuyas aguas pudiese estar el barco permaneciendo separadas las aguas, entonces sí que podría pasar dicho barco de las aguas pestilente a las altas y limpias sin dejar de navegar.

La Navidad fue parecida a una esclusa.

Permaneció la continuidad de la naturaleza humana y hubo una interrupción del pecado. La Navidad separó una cosa de otra.

¿Por qué hemos de sorprendernos ante una generación sin intervención humana?

Así fue creada la primera mujer. ¿No están ustedes bautizados? Pues en cierto modo tienen también un nacimiento virginal.

San Juan nos dice en su Evangelio que nosotros, al pertenecer a Cristo, no hemos nacido de la carne, ni de la sangre, ni de la naturaleza humana, sino del poder de Dios.

Esto explica la Natividad del Señor. Y de no haber ocurrido, ¿cómo podríamos imaginarnos los cristianos una generación sin intervención humana, sin la carne?

La Navidad es ideal de Dios y no de los hombres.

No creo que hubiésemos podido ni siquiera pensar en cosa semejante. Comprendo que quienes niegan que Jesucristo sea Hijo de Dios vivo, no crean en el nacimiento virginal, yo mismo lo



creería pura fantasía e imposible, si no creyera, Dios me libre, que Cristo es verdadero Dios y verdadero Hombre.

Imaginemos el honor que supone para la humanidad el parto virginal.

Ningún amor humano, ni entre amigos, ni entre marido y mujer, es perfecto. Tiene debilitamientos, altos y bajos y, a veces, se llega a la hartura.

A los primeros días de casados se les llama luna de miel porque son tan dulces como la miel y tan variables como la luna.

El mejor amor humano es sólo un destello del Divino.

Así como la luna recibe su luz del sol, así también todo amor terreno recibe vida de Dios.

Cuando autorizo un casamiento en el altar, les digo a los esposos: “Si una chispa de amor humano es tan luminosa, ¿qué será la llama de donde procede?” “Si un corazón humano puede producir tanto embeleso, ¿qué será el corazón de Dios?”

¡Qué satisfacción más grande para nosotros, pobres mortales, saber que una criatura humana fue esposa, no de una chispa, sino de la misma Llama!

Entre todos los amores reflejos que reciben su luz del sol divino, hubo un alma digna de ser elegida para enamorarse de Dios, para ser la Novia, la Esposa del Espíritu de Amor.

El Espíritu la invadió, la cubrió tan profundamente, que de Ella nació el mismo Dios y por eso le dijo el Ángel en la Anunciación: “El Espíritu Santo te cubrirá y el que nazca de ti será llamado Hijo de Dios.

La diferencia entre el hombre y la mujer es que el hombre teme morir y la mujer teme no vivir.

La mujer tiene por misión dar la vida, pero la vida que vino al mundo por María no procedía del pobre resplandor humano, sino de la gran llama de amor del Espíritu Santo.

No hay nacimiento sin amor, pero es posible el nacimiento sin amor humano. Este es el sentido de la natividad del Señor.

Fue el Amor Divino el que actuó sin la carne y en cuya virtud pudo María contener en ella Al que no puede contener el cielo.

Y ese fue el principio de la propagación de la fe en Jesucristo Nuestro Señor, por ser su cuerpo virginal nuevo Edén en el que se cumplieron las bodas entre Dios y el género humano.

Quiso la voluntad de Dios demostrar que al mundo le son necesarias la virginidad y la maternidad, uniéndolas en esta Mujer Única. En la Santísima Virgen María aparece fundido lo que en los demás mortales está separado.

La made es la guardesa de la Virgen, y la Virgen es la inspiración de la maternidad.

Sin madres, no habría vírgenes en la generación siguiente.

Sin vírgenes, las madres podrían olvidarse del sublime ideal que vive más allá de la carne.

Se complementa mutuamente como el sol y la lluvia.

Sin sol, no habría nubes, y sin nubes, no habría lluvia. Las nubes, al igual que la maternidad, se desprenden de algo para fecundar la tierra, mientras que el sol, como la Virgen, compensa la pérdida llevando desde la tierra al cielo las gotas anteriormente caídas.

¡Qué hermoso es que Quien fue engendrado en el cielo sin madre, naciera en la tierra sin padre!

¿Se puede imaginar un pajarito que se construyera el nido en el que luego viese la luz primera? Eso es imposible, porque para ello debería existir el pajarito antes de poder construir su propio nido. Pero, sin embargo, eso es lo que precisamente sucedió cuando Dios eligió a María por Madre suya.

Dios pensó en la Virgen desde la eternidad, e hizo a Su Madre, el nido en el que se encarnaría.

Con frecuencia oímos que nos dicen: “Te pareces a tu padre”, o “te pareces a tu madre”, “tienes los ojos azules como tu madre” o “tienes la desenvoltura de tu padre”.

Pero el Señor no tuvo padre en la tierra. ¿De dónde sacó su hermoso Rostro, de dónde su Cuerpo robusto, su Sangre pura, su Boca sensible, sus Dedos delicados, sino de su Madre?

¿De dónde tuvo su Divinidad, su mente Divina, que lo conoce todo, hasta nuestros más íntimos pensamientos, su poder Divino sobre la vida y sobre la muerte, sino de su Padre Celestial?

Estoy firmemente convencido de que así como Jesucristo se formó “físicamente” en María, así también seríamos formados nosotros “espiritualmente” por Ella. Pues ¿quién podrá saber formar un cristiano mejor que Quien formó al mismo Jesucristo?

Por eso nos la dio el Señor desde la Cruz cuando dijo: “He ahí a tu Madre”, y por eso nos confió a Ella a cada uno de nosotros como hijos suyos.

Es muy doloroso que haya quien no conozca a su padre, pero me inspiran mayor compasión los millones de hombres que no conocen a su Madre del Cielo.

Y me consideraría el ser más dichoso del mundo si algo de lo que he dicho en esta radiotransmisión moviera a uno solo de ustedes a amar a Nuestra Madre de modo que pudiese Ella formar a Jesús en su mente, en su corazón, en su alma.

Y si en el transcurso de los años les preguntara alguien de dónde habríamos conseguido su amor en Cristo por los pobres y su espíritu en Cristo para ayudar a las Misiones y para difundir la Fe en países extranjeros, sea su respuesta: “en la imitación de María”.

¡Por el amor de Jesús.

## LA VIRGEN DEL MUNDO

No hace mucho vino a verme un misionero de la tribu Bantú, del Congo (África), y me contó el siguiente hecho.

“Un niño se vio acometido por una tos pertinaz, y su madre, una negra bantú, creía que eran los espíritus del mal los que molestaban a su hijito. Nunca se le había ocurrido a la mujer encomendarse a Dios a pesar de que los bantúes tienen un nombre para llamar a Dios: “Nzakombita.”

“Para esta gente, Dios es un ser completamente extraño y que se desinteresa de los dolores humanos.”

“Esa es la característica fundamental de las tierras de misión. Los paganos se preocupan más de apaciguar a los espíritus malignos que de amar a Dios.”

“La hermana misionera que atendía al enfermito trato en vano de convencer a la mujer de que Dios es amor. Por fin le preguntó cómo podría expresarse en bantú la frase “el amor materno.”

“La respuesta fue una palabra completamente diferente: “Eefee”.

“Entonces la hermana misionera le dijo: “El amor de Dios es como este “Nzakomb’aeok’Eefee”. Dios tiene para nosotros el mismo sentimiento de afecto que tiene una madre por sus hijos”. En otras palabras, el amor materno es el símbolo del amor de Dios. Y la bantú lo entendió.”

Esto aclarará una pregunta verdaderamente importante: ¿Puede existir la Religión sin la maternidad?

Es evidente que no pueda existir sin la paternidad, puesto que uno de los principales y más conocidos atributos de Dios es el de Su “Providencia”.

Pero siendo la maternidad tan necesaria en el orden natural, ¿podrá existir una religión sin la figura de una mujer a quien amar?

En el reino animal, las madres luchan por sus crías al par que los padres las abandonan con frecuencia.

La vida entre los hombres sería extremadamente gris si no se pudiese pensar a cada instante, con gratitud, en la madre que nos abrió las puertas de la vida y nos sostuvo después con el más grande e insustituible amor del universo.

Una mujer es una criatura íntimamente ligada al tiempo, pues aun viviendo, puede quedarse viuda: una madre, en cambio, está fuera del tiempo: muere, pero siempre es una madre.

La madre es la imagen de la eternidad, la sombra del infinito.

Desaparecen los siglos y las civilizaciones, pero la madre es la diosa de la vida. El hombre trabaja con su generación; la madre, con la futura. Un hombre consume su vida; una madre, la renueva. El hombre, si es héroe, se crea una fama, si en un momento determinado concentra

sus sentimientos y sus energías a favor de una persona o de su patria. La madre nunca es espectacular. Sus heroísmos de cada hora y de cada día ocupándose de los hijos, curando sus heridas, cuidando la casa y siendo lo que se dice una mujer, hacen grande lo que es sencillo. La madre multiplica sus sacrificios en la sombra, ignorada, en silencio.

No cabe imaginar que semejante amor no tenga su correspondiente prototipo materno.

Cuando se ven tantos millares de reproducciones de la “Inmaculada de Murillo”, se comprende que deba existir un modelo del que se han sacado. Si la paternidad tiene su prototipo en el Padre Eterno, Dispensador de todas las gracias, también tendrá un modelo original de madre que sirva de inspiración a todas las madres del mundo, una cosa tan bella y tan magna como la Maternidad.

El respeto que inspira toda mujer procede del ideal que vemos detrás de cada una de ellas.

¿Por qué todos los pueblos precristianos pintaron, esculpieron, cantaron y soñaron a una mujer ideal sino porque creían que aparecería alguna vez? Todos los pueblos la esperaron del tiempo y la hicieron más divina que humana.

Fijémonos, por ejemplo, en la bellísima leyenda de Dwanyin, la diosa china de la Misericordia a la que tantas plegarias de labios chinos le han dirigido. Según la leyenda, esta princesa vivía en China siglos antes del nacimiento de Cristo. Su padre, el Rey, quería casarla, pero ella, deseosa de conservar su virginidad, se refugió en un convento.

Enojado el padre, incendió el convento y la obligó a regresar al palacio.

Puesta en la alternativa de casarse o de morir, persistió en su voto de virginidad y murió estrangulada. Su cuerpo fue llevado a los infiernos por un tigre, y allí fue donde obtuvo el título de “Diosa de la Misericordia”.

Su intercesión en pro de la misericordia fue tan poderosa, que enterneció el corazón de los demonios, quienes le ordenaron que se marchase del infierno porque temían que lo dejase vacío.

Entonces la diosa se retiró a una isla, adonde acuden aún hoy día muchos peregrinos.

Los chinos han pintado algunas veces a la diosa con la imagen de Dios en la cabeza, a cuyo paraíso lleva las almas de los creyentes, aunque ella no quiere entrar mientras haya una sola alma fuera del cielo.

En África, la madre ocupa un lugar importante en la administración de la justicia en las tribus. En la Uganda del Nordeste, en donde los Padres Blancos trabajan con singular celo y resultado, todas las decisiones más importantes, incluso la coronación del Rey; deben ser ratificadas por la Reina Madre.

Su decisión es definitiva. Cuando la Reina Madre va al palacio de su hijo el Rey, ella es la que dicta las leyes y no el Rey.

Uno de los motivos por el que no ha habido allí más de dos mártires entre los muchos mártires de Uganda es el de haber intercedido por ellos la Reina Madre pagana.

El Rey Mutari II y su madre se han convertido, y muchos de los poblados gobernados por este Rey y su madre la Reina han intervenido en la filmación de la película “Las minas del Rey Salomón”.

Nuestros misioneros nos han relatado las más sensacionales escenas desarrolladas en territorios de Misión al paso de la Virgen peregrina.

En el Norte del Nepal, a 300 católicos se unieron 3,000 hindúes y mahometanos para llevar la imagen de la Virgen a lomos de cuatro elefantes a una humilde iglesia, donde se rezó el Rosario y se dio la Bendición.

El Alcalde de Naiad leyó un saludo de bienvenida. Durante doce horas, la muchedumbre, compuesta por no cristianos, no cesó de pasar por la iglesia mientras se celebraban misas ininterrumpidamente desde las dos hasta las nueve y treinta de la mañana. Un anciano indígena dijo: “La Virgen nos ha demostrado que su Religión es sincera, y no como la nuestra. Su Religión es de amor; la nuestra, ¡de miedo!”

En Patua, el brohamán hindú, Gobernador de la provincia, visitó la iglesia y rogó delante de la sagrada imagen de Nuestra Señora. En una aldehuela de Kkesra-Mec, más de 24,000 personas

acudieron a rezar ante la Virgen. El Rajá envió 250 rupias y su mujer recomendó que se rezase por ella y su esposo.

En Karachi se hizo una excepción de la costumbre implantada por los mahometanos. Anteriormente, siempre que los cristianos pasaban en procesión por delante de una mezquita, debían interrumpir sus plegarias. Esta vez tuvieron permiso de los musulmanes para rezar delante de la mezquita porque también honran los musulmanes a la Virgen María y a Su Inmaculada Concepción.

Por su mediación irán un día a Cristo.

Al estudiar la historia, tanto de antes como de después de Jesucristo, se nota en todo ser humano una aspiración hacia la maternidad ideal.

Desde la más remota antigüedad hasta María, a través de diez mil proféticas Judit y Ruth, y mirando hacia atrás desde el tiempo actual a través de la neblina de los siglos, todos los corazones buscan el reposo en Ella. ¡Es la mujer ideal!

María es la MADRE. No produce extrañeza el que una mujer de edad, cual Isabel, al contemplar su hermosura desde el umbral de la puerta, gritase: “¡Bendita seas entre todas las mujeres!”

Y la joven futura madre, María, lejos de rechazar una tan alta glorificación de su privilegio, va más allá, anticipándose al juicio de todos los tiempos y de todos los pueblos, que cantarán sus alabanzas.

Las mujeres viven pocos años y la inmensa mayoría de los muertos caen en el más completo olvido.

María sabe que es la excepción.

Atreviéndose a predecir que se suspenderá a su favor la ley del olvido, proclama la Virgen la eterna recordación que tendrá de ella aun antes de nacer el Hijo que la haría eternamente famosa.

Por aquellos días Nuestro Señor no había realizado todavía ningún milagro; Sus manos no se habían puesto encima de los miembros paralizados; aún estaba escasamente velado por la gloria celeste y sólo hacía unos pocos meses que estaba guardado en la Virgen como en un tabernáculo; y ya esta sublime Mujer mira allá, a los lejanos senderos del tiempo, y al ver en ellos a los pueblos desconocidos de la China, del resto del Asia, del Japón, proclama con absoluta certidumbre: “Desde este momento, todas las generaciones me llamarán bienaventurada.”

Julia la hija de Augusto y esposa de Tiberio; Octavia la hermana de Augusto y de la que se divorció Antonio para casarse con Cleopatra, nombres muy familiares un día a todos los pueblos del mundo, hoy ya no reciben ni tributos de admiración ni alabanzas; pero la amable jovencita que vivía en un apartado rincón de los últimos confines del Imperio Romano, en un pueblo cuyo nombre estaba asociado a la reprobación, se ve hoy más homenajeadada y más celebrada que ninguna otra mujer.

La Virgen sabía el porqué: “Porque Él, que es poderoso, ha obrado en mí grandes cosas, y Su Nombre es Bendito.”

¡Hermosísima, Inmaculada, Reina, Madre! Otras mujeres habrán podido tener alguno de estos atributos, pero ninguna todas juntas a un tiempo. Cuando el corazón humano contempla a María, ve la realización y la concreción de todos sus deseos y exclama en un éxtasis de amor: “¡Esta es la Mujer!”

Así como Cristo es Mediador ente Dios y el hombre, María es la Mediadora entre Cristo y nosotros. La Virgen María es el principio terrestre que nos lleva al celestial Principio del Amor.

La relación existente entre ella y Dios es semejante a la que existe entre la lluvia y la tierra.

La lluvia cae del cielo y la tierra produce cosechas.

La Divinidad procede del Cielo, pero la naturaleza humana del Hijo de Dios procede de María. Si hablamos placenteramente de la tierra porque nos da la vida a través del celeste don del sol,

¿por qué no estar reconocidos a la Señora del mundo habiéndonos dado Ella la luz eterna de Dios?

María, la Señora del mundo, existe hasta donde Cristo no es conocido aún, en lugares donde todavía no está visible el Cuerpo Místico.

Para los pueblos orientales que gimen bajo el yugo del terror –el terror a los espíritus del mal- y para los modernos pueblos occidentales que viven en el temor –que se deriva de la pérdida de la fe-, la fórmula de su remedio debiera ser: “Cherchez la femme!” Diríjense a la mujer, que les llevará a Dios.

Todo el mundo puede aún pasar por la experiencia de la mujer bantú que no tuvo idea del amor de Dios hasta que no se lo tradujeron al amor materno.

Hay en el mundo 220,000,000 de personas para las que está prohibida la predicación del Evangelio de Jesucristo, no pudiendo penetrar en sus países ningún misionero.

El 37 por 100 de los pueblos del mundo viven bajo la tiranía del Comunismo.

Estos pueblos, juntamente con los hindúes, los budistas y los paganos en general, no pueden decir: “Padre nuestro”, porque Dios no es Padre si no tiene un Hijo.

Pero sin embargo pueden decir “Ave María”, porque creen en una Mujer ideal.

En esos países, aún no se le ha concedido asilo a Jesús, del mismo modo que se le negó un albergue en Belén, pero está María entre ellos preparándolos para la Gracia.

La Virgen es gracia donde no hay Gracia; es el Adviento donde no existe Navidad.

En todas las tierras donde hay una mujer ideal o donde son veneradas las vírgenes, o donde una señora es colocada por encima de todas las demás señoras, la tierra es fértil porque acepta a la Mujer por excelencia como preludio del abrazo de Cristo.

Donde está presente Jesús, lo está también Su madre, como ocurre entre nosotros, que tenemos Fe; pero donde está ausente Jesús, bien por la ignorancia o por la maldad de los hombres, está, sin embargo, presente María.

Así como María llenó el intervalo entre la Ascensión y Pentecostés, llena también el intervalo entre los sistemas éticos del Oriente y su incorporación al Cuerpo Místico de Su Divino Hijo. María es la tierra fértil en la que, al tiempo designado por Dios, florecerá la Fe y se abrirá en el Oriente.

Aunque estén ocultos aún los iconos, veo escritas en las fronteras de todas las naciones las palabras consignadas por el Evangelio al principio de la vida pública de Nuestro Salvador: “Y allí estaba María, la Madre de Jesús.”

Veo también en nuestras tierras entre millones de personas, a todos los que sienten temor y están tristes y desilusionados, y les digo: “Recen: jamás se ha oído decir que ninguno de los que se han puesto bajo su protección e implorado su intercesión se haya visto abandonado.”

Aunque María sea la Madre del mundo, es también “mi Señora,” “mi mujer.”

¡La Mujer-Señora! ¡Oh Dios!

Si viene la guerra, será porque no nos encomendamos a esta Señora, a la que Dios concedió el poder de aplastar la cabeza de la Serpiente.

¡María! ¡Madre de la Paz! ¡Señora del mundo, ruega por nosotros!

¡Por el amor de Jesús!

## LA VIRGEN DEL ROSARIO

Si hay entre los oyentes que haya enviado rosas a una amiga en señal de aprecio, o las haya recibido como recuerdo, se percatará del significado de la historia de una oración que les voy a referir.

La humanidad ha relacionado en todo tiempo las rosas con la alegría.

Los paganos coronaban de rosas las estatuas de sus dioses como símbolo del ofrecimiento de sus corazones. Los fieles seguidores de los primeros tiempos de la Iglesia sustituyeron las coronas de rosas por oraciones.

En los tiempos de los primeros mártires –y digo “primeros” porque la Iglesia tiene actualmente más mártires que tuvo en los cuatrocientos primeros años-, cuando marchaban las delicadas vírgenes por la arena del Coliseo derechas a la muerte, se vestían con sus más vistosas prendas y adornaban sus cabezas con coronas de rosas para ir al encuentro del Rey de reyes por el que morían. Los cristianos, por la noche, recogían sus coronas y ante cada rosa recitaban una oración.

En el apartado desierto de la Tebaida, los egipcios, los anacoretas y los ermitaños contaban sus oraciones con piedritas y granitos que reunía a manera de corona.

Mahoma adoptó esta práctica para sus secuaces.

De la costumbre de ofrecer ramos espirituales nació una serie de oraciones conocida con el nombre de Rosario, pues sabido es que el rosario significa “corona de rosas.”

Desde los primeros tiempos recomendó la Iglesia a los creyentes que rezaran los ciento cincuenta salmos de David. Esta costumbre está en vigor todavía entre los sacerdotes, pues están obligados a recitar diariamente esos salmos en el rezo del Breviario.

Pero no todos pueden saber con facilidad los ciento cincuenta salmos y además era difícil obtener un libro antes de la invención de la imprenta, siendo ésa la causa de que libros importantes, como la Biblia, estaban sujetos con cadenas, como las guía telefónicas de las estaciones ferroviarias, pues de otra forma los habrían robado.

Incidentalmente quiero aclarar un extremo. El hecho de que la Biblia estuviese sujeta con cadena ha dado lugar a la estúpida mentira de que la Iglesia no quería permitir a nadie su lectura. En realidad, tenía las cadenas para que la gente la pudiese leer y consultar. También está sujeta con cadenas la guía telefónica y, sin embargo, es uno de los libros más consultados por la moderna civilización.

Las personas que no podían aprenderse los ciento cincuenta salmos, desearon hacer algo que sustituyese dicha práctica y la sustituyeron con ciento cincuenta avemarías, subdivididas en quince decenas.

Cada decena había de rezarse meditando en los diversos misterios de la vida de Nuestro Señor. Para separar las decenas, alguien debió comenzar con un padrenuestro y terminar con un “Gloria,” en la alabanza de la Trinidad.

Santo Domingo de Guzmán, que murió en 1221, recibió de la Virgen la orden de predicar y hacer popular esa devoción en sufragio de las almas del Purgatorio para el triunfo sobre el mal y prosperidad de la Santa Madre la Iglesia, y de esta manera se fundó el santo Rosario en la forma que tiene en la actualidad.

Se ha objetado que el Rosario tiene demasiadas repeticiones, ya que se dicen tantas veces el padrenuestro y el avemaría, que resultan monótonos.

Esto me recuerda la visita que me hizo un joven cierta noche después de la instrucción.

Me dijo: “Nunca me haré católica. Ustedes dicen y repiten siempre las mismas palabras en el Rosario, y quien repite las mismas palabras no es sincero. Yo, por mi parte, no creería a semejante persona, y me parece que Dios tampoco las creerá.”

Le pregunté quién era el joven que la acompañaba, y me respondió que era su novio.

Entonces, le pregunté: “¿Le quiere mucho?”

- Ciertamente que me quiere mucho.
- ¿Y cómo lo sabe usted?
- Porque me lo ha dicho.
- ¿Qué es lo que le ha dicho?
- Me tiene dicho: “¡Te quiero!”
- ¿Cuándo se lo ha dicho?
- Hace sobre una hora.
- ¿Y se lo había dicho antes?
- Sí, la otra noche.
- ¿Y qué le dijo?
- ¡Te quiero!

- ¿Y no se lo tenía dicho con anterioridad?
- Me lo dice todas las noches.

Repuse: “Pues no lo creerá usted, porque quien repite las mismas palabras no es sincero.”

La muy hermosa verdad es que no hay repetición en el “¡Te quiero”, porque se produce un nuevo momento en el tiempo, existe otro punto en el espacio y las palabras no tienen el mismo significado anterior.

El amor nunca es monótono, a pesar de la uniformidad de sus expresiones.

La mente es infinitamente variable en su lenguaje, pero el corazón no lo es.

El corazón del hombre en presencia de la mujer amada es demasiado pobre para traducir en diversas palabras la inmensidad de su cariño y de sus afectos.

Por eso el corazón adopta una sola expresión: “¡Te quiero”, y diciéndolo muchas veces, no se repite jamás.

Es la única novedad verdadera del mundo.

Eso es lo que hacemos al rezar el Rosario.

Repetimos a la Santísima Trinidad, al Verbo Encarnado, a la Santísima Virgen: “¡Te quiero”, “¡Te quiero”, “¡Te quiero”

Hay belleza en el Rosario.

No es solamente una oración vocal; es también una oración mental.

Habrán asistido tal vez a una representación dramática en la que mientras habla la voz humana se escucha en sordina una música muy agradable que tonifica y da realce a las palabras.

Así es el Rosario.

Mientras se reza, no se oye la música, pero se medita en la vida de Jesucristo aplicada a nuestra vida y a nuestras necesidades.

Así como el alambre tiene sujetas las redes de las camas, así nos tiene sujetas a la oración la meditación.

Muchas veces ocurre que estamos hablando a una persona y nuestro pensamiento está en otra cosa. En el Rosario, no “recitamos” las oraciones simplemente, sino que además “pensamos”.

Belén, Glilea, Nazareth, Jerusalén, el Gólgota, el Calvario, el Monte de los Olivos, el Paraíso, todo eso pasó por delante de los ojos de nuestra mente mientras “rezan nuestros labios.”

El Rosario requiere “nuestros dedos, nuestros labios, nuestro corazón” en una vasta sinfonía de oraciones, y por eso es la más grande plegaria que haya compuesto el hombre.

Dejen que les añada cómo puede servir de ayuda a los inquietos, a los enfermos, al mundo.

A los inquietos.

La inquietud es una falta de armonía en tener la mente y el cuerpo.

Los inquietos tienen invariablemente demasiado ocupadas sus mentes y ociosas sus manos.

En la angustia mental, los mil pensamientos no logran ordenarse ni dentro ni fuera de nosotros.

La concentración resulta imposible cuando la mente está inquieta; los pensamientos se amontonan desordenadamente y miles de imágenes se suceden en la mente; parece un sueño la paz del alma.

El Rosario es la mejor terapéutica para las almas distraídas, apesadumbradas, tímidas y desilusionadas, precisamente porque requiere el empleo simultáneo de las tres potencias: física, vocal y espiritual, en este mismo orden.

Los granos o cuentas recuerdan a los dedos que los tocan que deben usarse para rezar. Este es el consejo físico para la oración.

Los labios, al moverse al unísono con los dedos, constituyen la sugerencia vocal para la oración; la Iglesia es una sabia psicóloga al insistir en que se muevan los labios en el rezo del Rosario porque sabe que el ritmo externo producido por el cuerpo, puede producir el ritmo del alma.

Si los dedos y los labios se paralizan, el espíritu les imitará en seguida y podrá desaparecer del corazón la plegaria. Los granos o cuentas favorecen la concentración de la mente. Son como la preparación para el motor que se pone en marcha después de unas sacudidas.

El ritmo y la dulce monotonía inducen a la paz, a la quietud física, y crean una fijeza afectiva en Dios.

Lo físico y lo espiritual, si le damos la oportunidad para ello, trabajan a una.

Las mentes firmes y seguras pueden trabajar desde dentro para fuera, pero las mentes preocupadas han de actuar desde el mundo exterior que les rodea hacia el interior.

En las personas adiestradas espiritualmente, el alma guía al cuerpo, pero en la mayoría de las personas es el cuerpo el que guía al alma.

Los preocupados, conforme van rezando el Rosario, ven poco a poco que sus preocupaciones nacían de su amor propio.

Ninguna persona normal constante en el rezo del santo Rosario se ha visto asaltada por las preocupaciones.

Les sorprendería ver la facilidad con que saldrían de sus preocupaciones subiendo cuenta a cuenta hasta el trono del Corazón del Amor.

El Rosario es una devoción muy apropiada para los enfermos.

Cuando sube la fiebre y padece el cuerpo, no se puede leer; apenas se puede hablar y oír hablar a pesar de las muchas cosas que el corazón quisiera decir.

Los ojos de una persona con salud se fijan en la tierra; cuando está enferma, yace boca arriba y los ojos miran al cielo. Tal vez fuese más exacto decir que el cielo mira hacia abajo.

En los momentos en los que la fiebre, el sufrimiento, la agonía hacen dificultosa la oración, nos sentimos inclinados a estrechar un rosario entre nuestras manos, como símbolo de oración, y a acariciar el crucifijo que pende de él.

Como las oraciones de que consta el Rosario se saben de memoria, el corazón puede dejarlas fluir y ser el tema de meditación, cumpliéndose de esa manera la orden expresa de la Sagrada Escritura: “recen siempre”.

En esos momentos, los misterios preferidos serán los dolorosos, porque meditando en los sufrimientos de Nuestro Señor, los enfermos unen sus sufrimientos con los del Señor, para que, participando en Su Cruz, puedan participar también en Su Resurrección. ¡El Mundo!

Hay una cruzada mundial del Rosario para este pobre mundo tan lacerado.

Han fallado los hombres -¡nunca hubo hombres tan pequeños para cargos tan importantes!

Han fallado las instituciones políticas –pues ninguna reconoce a las leyes una fuente extrínseca de autoridad.

Pero siempre permanece Dios.

La paz vendrá solamente cuando hayan cambiado los corazones de los hombres.

Para obtener esto, debemos rezar, y no para nosotros sino para el mundo.

El mundo comprende a todos sus habitantes: a los rusos, a nuestros enemigos, a los vecinos de casa.

Por eso tengo proyectado un rosario del Mundo Misionero.

Cada una de las cinco decenas es de un color diferente.

Representan las cinco partes del mundo desde el punto de vista misionero.

Una decena es verde, y representa al África, por recordarnos sus selvas vírgenes y porque el verde es el color de los musulmanes, por quienes hemos de pedir.

La segunda decena es de color rojizo, por ser representación de América, poblada primitivamente por los “Pieles Rojas.”

La decena tercera es blanca, por simbolizar a Europa, cuyo padre espiritual es el Blanco Pastor de la Iglesia.

La decena cuarta es azul, en recuerdo de Australia y de las islas de Oceanía diseminadas en las azules aguas del Pacífico.

La quinta es amarilla, por el Asia, la tierra del Sol Levante, la cuna de la civilización.

Al terminar de rezar con ese rosario, se habrá dado la vuelta al mundo, abrazando a todos los continentes, a todos los pueblos, con la oración. Naturalmente que no se precisa que se ten uno de estos rosarios para rezar por el mundo. Se puede rezar por esa intención sirviéndonos de nuestro acostumbrado rosario.



Sin embargo, nuestro rosario tiene esta triple ventaja: cada color recuerda la parte del mundo por la que se ofrece la decena. En segundo lugar, responde al requerimiento de la Virgen de Fátima de rezar por la paz del mundo. Y en tercer lugar, ayudará al Padre Santo y a la Congregación de la propagación de la Fe, materialmente, y espiritualmente, a los pobrecitos seiscientos territorios misioneros del mundo.

El mundo cambiará cuando cambiemos nosotros.

Pero nosotros no podemos cambiar sin oración, y, a este efecto, el Rosario es incomparable.

Insisto tanto en sus efectos espirituales porque me son bien conocidos.

He visto salvarse milagrosamente a jóvenes gravemente heridos en accidentes; librarse de la muerte propia y salvar a su hijo, una madre en peligro durante el parto; alcoholizados que se han vuelto sobrios; vidas licenciosas que se han espiritualizado; descarriados que han vuelto a la fe; familias sin hijos que han sido bendecidas por la deseada prole; soldados que han salido ilesos del combate; angustias espirituales superadas; paganos que se han convertido.

Conozco a un judío que durante la guerra mundial se escondió con otros cuatro soldados austriacos en el hoyo producido por una bomba.

Pedazos de metralla saltaban por todas partes.

De repente, una bomba mató a los cuatro compañeros.

El judío tomó el rosario de uno de éstos y empezó a rezar. Lo sabía de memoria, por haberlo oído rezar muchas veces. Al terminar la primera decena, le pareció que debía salir de aquel embudo. Se arrastró por el barro y suciedad y se metió en otro agujero. En aquel momento estalló otra bomba en el embudo que había dejado el israelita.

Al final de cada decena fue trasladándose de refugio y cuatro explosiones se sucedieron e los embudos abandonados por él.

Salvó la vida, y en agradecimiento se propuso dedicarla a Nuestro Señor y a Su Santísima Madre.

Terminada la guerra, hubo de pasar por nuevos sufrimientos: su familia había perecido quemada por Hitler. El hebreo mantuvo su promesa. Lo bauticé el año pasado y ahora está estudiando para sacerdote.

Aprendamos a santificar todos los instantes de nuestra vida.

Lo podemos hacer mediante el Rosario. Mientras vamos por la calle, recemos con el rosario escondido en la mano o en el bolsillo; conduciendo el automóvil, podemos ayudarnos con las divisiones del volante para contar las decenas. Mientras esperamos que nos den la comida o la llegada de un tren; cuando estemos quietos detrás de un mostrador o cuando nos toca estar sin jugar en el bridge, podemos también pasar las cuentas conforme vayamos rezando el rosario.

Todos los momentos pueden servir para la santificación y ayudarnos a tener la paz interior.

Si queremos convertir a alguien, enseñémosle a rezar el santo Rosario. Acaecerá una de estas dos cosas: o dejará de rezarlo, u obtendrá el don de la fe.

Hay millones de personas escuchando mi palabra. Plegue a Dios que prenda en muchos de ellos y recen usando nuestro Rosario Misionero. Estoy seguro que sí lo harán, y como quiera que son unos buenos amigos míos, habré de enviarles un ramo de rosas.

Pues miren, hoy tengo una cadena de rosas en el Rosario. Y estas rosas, como capullos no abiertos aún, conservan en su interior el perfume de Dios. Recen con ellos y su corazón estará en el Paraíso.

¡Por el amor de Jesús!

## LA VIRGEN DEL AMOR

Quiero hablarles de un matrimonio que formó una familia: del constituido por la Virgen María y San José. Para explicar la singularidad de sus bodas, ay que tener presente una verdad: puede haber habido matrimonio aun sin unión física. Este caso puede existir por tres motivos: porque los sentidos, satisfechos ya, se hayan vuelto insensibles; porque los esposos, después de

haberse unido, hayan hecho voto a Dios de renunciar al placer para dedicarse a los más sublimes éxtasis del espíritu; y, finalmente, porque los esposos, a pesar del matrimonio, hayan hecho voto de virginidad, renunciado a sus recíprocos derechos.

Y la virginidad resultó ser el centro de atracción de esta unión.

Una cosa es renunciar a los placeres de la vida conyugal por estar hartos de ellos, y otra muy distinta renunciar a esos placeres antes de haberlos probado para formar solamente una unión de corazones, como ocurrió con las bodas de María y José.

Ellos se unieron como dos estrellas que no se enlazan nunca mientras que sus rayos luminosos se entrecruzan en el espacio.

Fue un matrimonio parecido a lo que sucede en la primavera entre las flores que juntan sus perfumes o a dos instrumentos que juntan sus melodías al unísono formando una sola.

Los esposos, al renunciar a sus recíprocos derechos por un móvil más elevado, no destruyen la esencia del matrimonio, pues como dice San Agustín, “La base de un matrimonio de amor es la unión de los corazones”.

Esto nos lleva a una pregunta: ¿Por qué fue necesario el matrimonio habiendo hecho voto de virginidad la Virgen y San José?

San José, ¿era viejo o joven?

El matrimonio era necesario a pesar del voto de virginidad para preservar a la Virgen de cualquier sospecha mientras no le llegase el tiempo de revelar el misterio del nacimiento de Jesús.

Se consideró, en efecto, que Nuestro Señor fuera hijo de San José. De este modo, no quedó expuesto al sarcasmo del pueblo el nacimiento de Cristo y no sirvió de escándalo para los débiles en la fe.

De esta manera, además, pudo tener en José un testigo la pureza de María.

Pero todo privilegio de la gracia debe tener su correspondencia, y María y José hubieron de pagarlo con su mayor dolor.

El Ángel no había dicho a la Virgen que revelase la obra del Espíritu Santo que se había realizado en ella, y por eso se calló María. San José, al no poderse explicar el fenómeno, pensó repudiarla.

Una vez hizo la Virgen la siguiente revelación a un Santo: “Nunca experimenté una angustia tan intensa, con excepción de la del Gólgota, como la que sentí al tener que desagradar, mal de mi gusto, a José, que era un hombre justo.”

San José sufría al no poder comprender lo sucedido: sabía que María, lo mismo que él, había hecho el voto de virginidad, y por eso la consideraba fuera de toda sospecha y no se atrevía ni a pensar que tuviese culpa alguna. ¿Cómo debería explicárselo entonces?

La sorpresa del casto José era comparable a la de la Virgen María cuando en el momento de la Anunciación hubo de preguntar: “¿Cómo puede suceder eso si no conozco a hombre alguno?”

María deseaba saber cómo podría ser virgen y madre a un mismo tiempo, y San José no sabía cómo podría ser virgen y padre.

Y el Ángel del Señor explicó a ambos que solamente Dios tenía poder para hacer semejante cosa, y no la ciencia humana. Solamente pueden penetrar en estos misterios los que entienden la voz de los Ángeles.

Como quiera que San José quería repudiar secretamente a la Virgen, el Ángel le corrió el velo del misterio: efectivamente, tan pronto como tal pensamiento se afianzó en la mente del Santo, un ángel se le apareció en sueños y le dijo: “José, hijo de David, no temas de vivir con tu esposa, María, porque lo nacido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, al que le pondrás por nombre Jesús. El liberará a Su pueblo de los pecados” (San Mateo 1, 20-21).

De este modo, conociendo las razones del nacimiento de Jesús, pudo San José volver a encontrar la paz. Su alma se llenó de felicidad al tener noticia de que sería el padre putativo del Salvador del mundo y guardián protector de la Madre de Quien no pueden contener los cielos.

Vayamos ahora a la segunda pregunta: ¿Era San José viejo o joven?

La mayor parte de las esculturas y de los cuadros nos presentan un San José viejo, con una larga barba canosa. No existe, desde luego, ningún dato histórico que nos indique su edad. Si buscamos las razones por las que el arte nos lo representa viejo, descubrimos que se da ese aspecto por entenderse que es el que más se dice con su papel de custodio de la virginidad de María.

Sin embargo, notamos que el arte ha hecho de San José un esposo puro y casto más por edad que por virtud.

Eso se parece al creer que la mejor manera de representar a un hombre honrado, incapaz de robar, sería pintarlo sin manos.

Ante todo, se olvida que en los viejos pueden arder los mismos malos deseos que en los jóvenes. Tenemos un ejemplo en el caso de Susana, pues viejos eran los que la tentaron en el jardín.

Al representar tan viejo a San José, hasta de da un mérito a la edad de un hombre y no a su virtud.

A juzgar a San José puro, por ser viejo, es como querer ensalzar a un torrente de montaña, carente de agua.

Parece, además, lógico pensar que Nuestro Señor prefiriese escoger para padre putativo a un hombre que sabía y quería sacrificarse, y no a uno que se veía obligado a ello.

¿Es, además, presumible que Dios quisiese dar a un viejo por compañero a una jovencita?

Si el Señor no tuvo a menos confiar, desde la Cruz, Su madre a un joven como San Juan, ¿por qué había de ligarla a un viejo desde el alborear de la vida?

El amor de la mujer determina al del hombre.

La mujer es educadora silenciosa de la virilidad de su esposo. Siendo María el símbolo de la virginidad y la sublime inspiradora de la pureza para todos, ¿por qué no habría de emplear esa su fascinación de maravilla con su José, el justo?

La Virgen conquistó el corazón de su joven esposo, no con la disminución del amor, sino sublimándolo.

A mi parecer, por tanto, San José debió ser, al casarse con la Virgen, un hombre joven, fuerte, viril, atlético, bien parecido y casto; un prototipo del hombre que puede verse hoy en una pradera apacentando un rebaño o piloteando un avión, o en el taller de un carpintero. Y no un impotente, sino, por el contrario, rebosante de vigor varonil; no un fruto secado, sino una flor lozana y llena de promesa; no en el ocaso de la vida, sino en el amanecer, derrochando energía, fuerza y pasión.

¡Cómo se agigantan las figuras de la Virgen y de San José cuando, deteniéndonos en el examen de su vida, descubrimos en ella el Primer Poema de Amor!

El corazón humano no se conmueve ante el amor de un viejo por una joven; pero ¿cómo no admirarse profundamente del amor de dos jóvenes unidos por un vínculo divino?

María y José eran ambos jóvenes, muy bien parecidos y llenos de promesas.

Dios siente predilección, por las impetuosas cataratas y por las turbulentas cascadas, pero estoy seguro de que las prefiere cuando, con la energía desarrollada por ellas, se alumbran las ciudades y con sus aguas se aplaca la sed de un niño, a cuando con su ímpetu tronchan las flores brotadas en la orilla.

En María y José no encontramos una cascada de aguas puras y encauzadas ni un lago desecado, sino dos jóvenes que antes de conocer la hermosura de una y la potente fuerza del otro, renuncian a su disfrute para darse por entero a la “pasión sin pasión” y a la “impetuosa calma” de Jesús.

María y José llevaron a su boda no sólo su voto de virginidad, sino también dos corazones llenos de un grande amor, más grande que cualquier otro amor que corazón humano haya podido nunca contener.

Ninguna pareja de casados se ha querido nunca tanto.

Puedo preguntarles a los que son casados: “¿A qué aspiran después de haberse amado? Al Infinito, a un eterno éxtasis sin fin. Pero no se puede probar en su plenitud porque el Infinito al

que aspira su alma está aprisionado por el cuerpo. Este les obstaculiza la progresión hacia Dios, al que se tiende.

Pero si hoy no se les hace gustar una delicia infinita el acto de amor, les será dado gozar de ella en el cielo.

En el cielo no será necesaria la unión de los cuerpos porque su amor será infinito.

He aquí por qué ha dicho Dios que en el cielo no existirán matrimonios. No serán necesarias las apariencias porque tendremos la sustancia.

¿Nos afanaríamos por un rayo de sol reflejado por un espejo pudiendo gozarlo directamente?

Pues bien: María y José ya probaron la dicha sin igual que es la posesión del amor eterno del cielo, sin ansiedades, al que tiende vuestro matrimonio en Cristo.

Ustedes los casados tienen ahora necesidad de la unión material porque no poseen la realidad de Dios. Como la Virgen y San José poseían a Jesús, ya no deseaban nada más.

Se tiene necesidad de la comunión física para comprender la unión de Cristo con su Iglesia. Ellos no tenían esa necesidad porque poseían a la Divinidad.

Como dijo León XIII de modo admirable: “Su matrimonio fue consumado con Jesús.”

Ustedes se unen con los cuerpos. María y José se unieron con Jesús.

¿Para qué querían afanarse tras los efímeros goces de la carne, cuando en su amor estaba la Luz del Mundo?

En realidad de verdad, Jesús es la voluptuosidad de los corazones, por lo que estado Él presente, todo lo demás sobra.

Del mismo modo que marido y mujer se olvidan de sí mismos al contemplar ambos al hijito recién nacido recostadito en su cuna, así también María y José no pensaron más que en Jesús.

Amor más profundo, ni lo ha habido ni lo habrá ya nunca en esta tierra.

La Virgen y San José no llegaron a Dios a través de su amor recíproco, sino que gustaron del grande y puro amor del uno para el otro después de haberse dirigido antes a Jesús.

José renunció a la paternidad de la sangre, pero la encontró en el espíritu, porque fue padre putativo de Jesús. La Virgen renunció a la maternidad y la encontró en su propia virginidad.

La Virgen María fue como el jardín cerrado en el que sólo penetró la Luz del Mundo, que no rompió nada para entrar, de la misma manera que la luz solar atraviesa los cristales y entra en una habitación.

Dedico esta transmisión a los que están casados cristianamente y a todos los que un día serán admitidos en el gran misterio del amor.

Que el ejemplo de María y José les sirva para hacerles comprender que el mayor error de una pareja matrimonial es creer que para el casamiento sólo se precisan dos personas: él y ella.

¡No! Se necesitan tres: él, ella y Dios.

¿Me permiten ustedes, marido, mujer e hijos, que les pida que recen juntos en familia, como homenaje al perfecto amor de la Sagrada Familia, un Rosario todas las noches?

Todas las parejas que he unido en matrimonio podrán atestiguar que mi recomendación de siempre ha sido ésta: recen juntos.

La oración de una familia reunida es más grata a Dios que la hecha por separado, porque la familia representa la unidad de la sociedad.

El Cristianismo es la única religión que tiene un carácter familiar, porque tiene su origen en una Madre y un Hijo.

Mientras recen todas las noches el santo Rosario en familia, la Virgen les revelará el secreto del Amor y tal vez susurren el uno al otro: “Te quiero, pero no según mi voluntad, sino conforme a la de Dios.”

Si en su cariño solo buscan el amor terreno, no encontrarán nada, pero si a través de él buscan a Dios, entonces lo tendrán todo, porque, lo repito para que haya amor verdadero, se necesitan tres: él, ella y Dios.

¡Por el amor de Jesús!

## LA VIRGEN DEL SILENCIO

Un filósofo chino ha dicho: “Los americanos no son felices; ser ríen demasiado.” Una risa ruidosa es disipación; una sonrisa es comunión. La risa es chillona y sale de fuera del corazón; la sonrisa es tranquila y sale del interior del corazón. ¿Por qué tiene tanto atractivo el ruido en la moderna civilización? Probablemente porque las almas carentes de dicha y desilusionadas tienen necesidad de él para no fijarse en su insatisfacción. Ninguna casucha es tan pequeña ni está tan oscura, tan húmeda ni deteriorada como el interior de un modernista. El bullicio y el ruido externo apartan al alma de la contemplación de las heridas íntimas y retrasan su cicatrización.

Cuanto más nos aproximamos al espíritu, tanto más aumenta el silencio. A cada paso que da la criatura hacia el Creador, disminuyen las palabras. En los comienzos, el amor habla; luego, al profundizar en su abundancia, desaparecen las palabras. Al principio está el Verbo hecho carne; después, el Espíritu, que es demasiado profundo para las palabras. Al principio, el Verbo se “expresa” en Galilea; luego vienen los nueve días de silencioso retiro, en espera de la Pentecostés. Cuanto más profundo es el cariño del marido con la esposa, menos habla él delante de los demás.

Son tontos los que dicen que se quieren porque les gustan las mismas cosas: los paseos de otoño, la música de Wagner, la poesía, los valets o los objetos raros. Estas predilecciones “exteriores” no les servirán para nada si no se quieren entre sí en silencio. El amor aumenta y se despierta con el silencio. La amistad nace con las palabras; el amor proviene del silencio. También tiene el silencio armonías y equilibrio. Se precisan cuando menos dos personas para producir verdadero silencio. En el desacuerdo puede existir silencio, pero no comunidad de paz. El conferenciante que no se ha preparado habla más que el que se preparó. Cuanto más clara es la intuición de la verdad, menor es el número de palabras que se necesitan. En Dios sólo existe una Palabra que resume todo lo que se conoce o debe ser conocido.

La clave del misterio de María, Madre de Jesús, la tenemos en su silencio. Los Evangelios solamente nos recuerdan hablando siete veces a lo largo de los treinta y tres años de íntima convivencia con Su Divino Hijo. Esto desmiente a los que atribuyen locuacidad a la mujer. La Virgen se calló aun en momentos en que creemos que debiera haber hablado. ¿Por qué no descubrió a José cuando pensaba repudiarla que el Niño lo había concebido en el templo de Su Cuerpo por el amor del Espíritu Santo? Tal vez le impulsara a frenar su lengua un sentido de pudor femenino, pero parece más probable que callase por saber que Dios, que había empezado el milagro en ella, aclararía también el misterio.

Es una regla absoluta de santidad no justificarse nunca ante los hombres. El Evangelio nos dice sencillamente que, acusado falsamente ante los jueces, “Jesús callaba.” El Señor nunca contestó a una mentira.

Las siete veces que habla la Virgen pueden llamarse sus “siete palabras,” y son un magnífico paralelo de las siete últimas Palabras pronunciadas por Jesucristo en la Cruz. La primera y la segunda de las palabras de la Virgen se dirigieron a un ángel; la tercera la dirigió a su prima Santa Isabel y es un saludo; la cuarta, su canto, el Magníficat; la quinta y la sexta las dijo a su Divino Hijo en el Templo y en las Bodas de Caná; la última, a los criados camareros. Hay ocasiones en las que esperaríamos alguna palabra de la Virgen; por ejemplo, en el nacimiento del Niño o cuando los Magos le ofrecieron sus regalos. Pasaron doce años entre el Magníficat y el reencuentro con Jesús en el Templo. Y desde este instante, calle de nuevo por espacio de cerca de veinte años. Es muy probable que, por su humildad, pidiera a los evangelistas que hablasen de ella lo menos posible, y corrobora esta hipótesis el hecho de que hable muy poco San Juan, que fue el evangelista que mejor la conoció y al que la confió Jesús para después de Su Muerte.

Cuando el Señor hubo obrado Su primer milagro cambiando el agua en vino, las Sagradas Escrituras no consignan ya ninguna otra palabra de la Virgen, a pesar de aparecer todavía en

ministerio público al pie de la Cruz y en la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles el día de Pentecostés.

En cuanto aparece el Sol, ya no es precisa la Luna.

Cuando habla el Verbo, la Virgen no tiene motivo para pronunciar ni una sola sílaba. El Verbo recibe el obsequio del silencio.

¿Y por qué es tan silenciosa la Virgen? ¿Por qué hablamos nosotros tanto de Ella?

¿Por qué es tan callada la Virgen? La respuesta es ésta:

Cuanto más habla uno con el Creador, más taciturno se hace con las criaturas. Esa es la naturaleza del amor.

Hasta en el amor romántico está silencioso el amante cuando tiene junto a sí a la amada. Está entregado al sueño con los ojos abiertos y se pierde entre nostalgias y recuerdos; parece insensible a lo que dicen los demás y no ve lo que hacen; tan arrobado está contemplando a la amada.

Trasladando esto a la vida espiritual, cuando el corazón humano prueba la formidable realidad del amor de Dios, todo lo demás carece de importancia.

San Pablo, arrebatado en éxtasis al tercer cielo, deseó recoger sus tiendas y marchar a estarse siempre con Jesucristo. Uno vez que había escuchado las celestes melodías, no podía ya soportar los ruidos bulliciosos de la tierra.

Pero si el amor engendra silencio, ¿qué silenciosa debía estar la Mujer que, como un sagrario, tuvo durante nueve meses el privilegio de llevar consigo misma al Albergador y Dueño del mundo.

Una madre terrenal mira los ojos de su hijo y ve lo más precioso que existe para ella; ¿y qué vería la Virgen sino el mismo Cielo al contemplar los ojos de Su Niño? Jugaría con las manecitas y los deditos de los que se desprendieron planetas y mundo; vería los labios que repiten el eco de la inmutable sabiduría de la eternidad; acariciaría los piecitos que un día serían taladrados por el hierro a causa del amor a los hombres, y todo esto inspira silencio por temor a perder un gesto o una sílaba.

Después de todo, entre el Criador y la criatura sólo existe el lenguaje del silencio.

Dos emociones dejan a uno sin habla: el miedo y la belleza. El miedo, porque queriendo obrar, no acierta a hablar; la belleza, porque prendado uno de su encanto y no queriendo interrumpir el lenguaje de los ojos, se queda uno enmudecido.

Para la Virgen María, descender de la belleza del Verbo a la trivialidad de las palabras, sería como bajar del aire puro de una montaña a la polvareda de los escombros y de los derribos.

La oración se empieza hablando con Dios, pero termina escuchando a Dios.

Frente a la Verdad absoluta, el silencio es la lengua del alma, pues sólo percibimos una palabra: la Palabra eterna, que es nuestro Camino, nuestra Verdad y nuestra Vida.

La Mujer por medio de la que es conocida y comprendida toda otra mujer no era tampoco una señora de pocas palabras; era la Madre del Verbo.

Ante lo maravilloso, la lengua se limita a exclamación o dice: “Me quedo sin habla.” Ante el Eterno, el corazón queda silencioso. Lo bello es una unidad tan colmada, que describirlo con palabras es destruirlo.

Por eso es silenciosa María.

Queda por contestar otra pregunta: ¿Por qué ensalzamos tanto a la Virgen? ¿Por qué hay tantos libros escritos sobre Ella? Continuamente estamos enojando a sus enemigos hablando de Ella, lo mismo que enojamos a los enemigos de Su Hijo al hablar de Él.

El silencio provoca alabanzas de los demás. Pero quienes hablan de su “yo,” no ven ensalzados sus méritos por los demás. Al hacerse su autobiografía, se ven privados justamente de una biografía.

El corazón humano desea instintivamente poner palabras en los labios de los que no hablan, del mismo modo que una mamá interpreta las palabras no pronunciadas aún por los labios de su pimpollo. El silencio invita a hablar a los admiradores. El silencio de la selva ha movido a

millares de poetas a cantar sus loas. Una rosa encarnada, un niño que está durmiendo, la mirada espiritual de una monja, todo eso inspira alabanzas, deseos y admiración.

La Virgen, que supo callar, ha sido objeto de todos los elogios; todas las generaciones la llaman bienaventurada. Sin embargo, Herodes, que habló con la lengua y con la espada, no ha recibido el elogio de nadie.

¿Han probado alguna vez decir a su madre lo mucho que la quieren? ¿No se han dado cuenta que no encontraban palabras para ello? Tal vez le hayan dicho alguna vez: “Mamá, te quiero mucho,” sin acertar a decir más. Sus labios no han logrado ir al paso del corazón: su cariño era superior a lo que podían manifestar mediante las palabras.

Lo mismo sucede en las cosas del amor; éste se halla tan dentro del corazón, que los labios son una ventanilla demasiado estrecha. Resulta como querer pasar un camello por el ojo de una aguja.

El amor puede compararse también con un ovillo de hilo: se compone de millones de argumentos de amor, como si fueran hilillos; pero si tratamos de deshilarlo en palabras, nos encontraremos sin el ovillo de amor. Cuando decimos a nuestra madre que la queremos mucho, notamos que hemos dejado sin expresar nuestro amor tal como lo sentimos. Cuanto más queremos a una persona, mayor es la dificultad con que tropezamos para encontrar palabras con que expresar nuestros afectos. Siempre resultan meros intentos.

Este es el motivo por el que se escriben tantos libros y poesías en loor de nuestra Bendita Madre. Como unos niños, creemos que si a lo que ya se ha dicho añadimos algunas palabras nuestras, habremos dado una prueba de nuestro amor. A mí me sucede que hablo un domingo tras otro por la radio de la Madre del Señor, pero nunca quedo satisfecho. Si la amara más, de la que la amo, no tendría palabras. Tal vez la quieren tanto ustedes, que no tengan palabras con que expresarlo y por eso no habrán escrito ningún libro sobre Ella ni hablado de Ella por la radio. Sin embargo, si mi discurso sobre la Virgen les deja sin hablar, me sentiré dichoso por cooperar al aumento de su amor y los envidiaré que la quieran más que yo.

Me sentiré feliz si les convengo de que deben unir el silencio a la palabra. Que sus palabras sean oración, y su silencio, meditación. Hablan al rezar el Rosario; escuchan cuando meditan sobre los hermosos misterios de la vida del Señor. ¡En el Rosario, lo mismo que en cualquier otra oración, el oído es más importante que la lengua!

En la cruzada mundial del Rosario por la paz del Mundo, pueden unir ambas cosas. En el Rosario podrán apreciar una combinación de la Palabra con el Silencio, de la Acción y Contemplación, porque tres decenas están dedicadas a los pueblos contemplativos del mundo: las cuentas verdes, para las misiones de África; las azules, para las del Pacífico; las amarillas, para las de Asia. Las otras dos decenas se dedican a los pueblos activos: las cuentas encarnadas, para las misiones de América, y las blancas para las de Europa. Les diré que el Cardenal Fumasoni Biondi, que está al frente de la Obra de Propagación de la Fe y es mi superior inmediato, me ha escrito en estos términos: “Admiro la ingeniosa manera de dar a las personas una conciencia misionera a través de la Cruzada Mundial del Rosario. También la empleo yo.”

Desearía que todos nosotros terminásemos el rezo del santo Rosario por la paz del mundo con la Salve, tal como la cantan los silenciosos Trapenses.

Siempre que rezo esta oración, pienso en los días que pasé predicando un retiro espiritual a los monjes Trapenses del monasterio de Nuestro Señor del Getsemaní, en el Kentucky.

Oficialmente era yo quien predicaba el retiro a los 215 santos varones del monasterio, pero en realidad de verdad, fueron ellos los que me lo predicaron a mí.

Como ya lo sabrán, esos religiosos llevan una vida de silencio y sólo hacen uso de la palabra para orar. Al fin de la jornada, una vez acabadas las siete horas de oración formal, se apagan todas las luces de la Capilla y en esa completa oscuridad empiezan a cantar en latín “Dios te salve, Reina y Madre de Misericordia, Vida, Dulzura y Esperanza nuestra.” En este momento la gran vidriera policroma del fondo de la larga nave, que no se veía con la oscuridad, empieza a iluminarse y a emitir un ligero temblequeo de luces. En el punto en que los santos varones,

inspirados por la belleza de la Madre del Salvador, desatan sus lenguas para el canto más vibrante y de mayor emoción de todo el día, comienza a distinguirse la cara de la Santísima Virgen. La luz va difundiéndose por la vidriera y poco a poco se va distinguiendo, clara y hermosa, la Santa Madre con el Niño abrazado a su cuello. La presencia de la Virgen intensifica su necesidad de intercesión, y en la Capilla resuenan las palabras: “A Ti llamamos los desterrados hijos de Eva, a Ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.” Ya iluminada por completo la vidriera, aparecen todos los santos de la Orden de la Trapa en torno de la Virgen y de Su Divino Hijo.

Identificándose con esta gran familia, continúan los frailes su canto de alegría: “Vuelve a nosotros, abogada nuestra, esos tus ojos misericordiosos y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.”

Nadie canta en el mundo como esos trapenses cuando elevan su canto nocturno al Señor y a la Virgen. Hay allí más de doscientos hombres enamorados y todos ellos están enamorados de la misma mujer. Y sin sombra de mutua envidia, con ímpetu sereno, piden un solo favor: que Ella, “con la placentera atracción de sus ojos,” los lleve al Corazón de Su Divino Hijo.

Del mismo modo que San Juan Bautista se sobresaltó de gozo en el seno de su madre a la vista de la Virgen, estos monjes, encerrados en el seno oscuro de la contemplación, se sobresaltan de alegría como otros tantos Bautistas en presencia de la Virgen, y sirviéndome de las palabras de ellos, diré que “reciben a Cristo en sus noches con flechas de inteligencia blancas como relámpagos.”

He pedido a todos los trapenses que esta noche ofrezcan su Salve por ustedes y por la paz del mundo mediante la Cruzada Mundial del Rosario, y me han prometido hacerlo a las siete de esta noche.

¡Quisiera que pudieran escucharlos! Pero los escucharán, por su amor, el Corazón Inmaculado de María y el Sagrado Corazón de Jesús.

¡Por el amor de Jesús!

## LA VIRGEN DE LA BONDAD

Desearía ilustrarles sobre una gran verdad sirviéndome de una sencilla analogía.

¿Se acuerdan de alguna vez que les haya recomendado su madre no tocar la pasta con la que hacía alguna torta?

Sabía muy bien que podía sentarles mal, y por experiencia quería evitar que les doliera el estómago. Tal vez pensáramos en semejante ocasión, o que nuestra madre no quería complacernos, o que no eran buenos los ingredientes de la torta.

Esto es, en pequeño, lo que sucedió en los orígenes de la humanidad; y ésta es, con algunas variantes, la historia que viene repitiéndose en lo más íntimo de toda alma que pasa por la tierra.

Dios quiere que seamos buenos y hagamos el bien. No quiere la incoherencia de mezclar el bien y el mal, que apega el corazón a las cosas imperfectas de aquí abajo y vive buscando un compromiso entre el cielo y la tierra, entre Dios y sus enemigos. La pasta blanda no es una torta que esté ya dispuesta. Y si Dios nos quiere despegados, si nos prohíbe lo malo, no es porque pretenda destruir la libertad que nos ha concedido, sino por quiere hacernos felices, como nos lo tiene prometido.

Hemos hablado de un dolor de estómago. Era por tratarse de un chiquillo.

A un adulto le hablaríamos mejor de complejos, es decir, del contraste entre lo que somos y lo que deberíamos ser.

Un complejo se reduce con frecuencia a una tensión exagerada entre nuestras preferencias y las de Dios, entre nuestros deseos y los suyos.



Una navaja se ha hecho para cortar, pero no para cortar el mármol. Si se le emplea para partir piedras, pronta la romperemos.

Hemos sido hechos para Dios, para la Vida, el Amor y la Verdad. Cuando no vivimos para Dios, nuestra conciencia se rebela y empiezan para nosotros las crisis que desembocan en neurosis y psicosis espantosas.

Al quererlo, podemos trazar un gráfico que les dará idea de un complejo.

Tracen sobre una hoja una vertical. Esta línea representará la voluntad de Dios. Completen el gráfico un una abscisa transversal, símbolo de la voluntad humana. Resulta, de ambas líneas, una cruz. La psicología la llama complejo.

Teológicamente se define con el concepto de una cruz la voluntad del hombre que se opone a la de Dios.

Por eso, quienes han pretendido negar la naturaleza recibida de Dios se encuentran cogidos en el nudo de las cruces y de las desilusiones.

El hombre sin Dios no es un turrón sin almendra; es una torta sin harina. Le faltan los ingredientes de la felicidad. Experimenta un vacío desolador, el vacío de Dios; siente el grave peso, lleno de remordimientos, del pasado que irrumpe en el corazón como una sombra negra, muy negra. Priven de oxígeno sus pulmones, y su cara se inflamará, le faltará la respiración; quítenle al corazón el amor de Dios y le negaréis la vida. El infierno debe ser una cosa parecida, sólo que eterna.

El remedio para estos males, para estas desilusiones, es aún el mismo que puede tener el chico que haya comido la pasta blanda: el de una madre. La madre no abandona a sus hijos aunque éstos se hayan causado el mal voluntariamente. Quien tenga una madre, no tiene por qué desesperarse, pues siempre tendrá ella una buena palabra que sea capaz de calmar el enojo de los hombres.

Invoquen, pues, a María, ustedes, mujeres que no han querido sustraerse a las consecuencias penosas de la culpa que queda expiada al presente con sus sufrimientos. Y ustedes también, madres que tienen hijos bajo las armas, invoquen a María.

También fue llamado el Hijo de María a combatir contra las fuerzas del mal, y ella lo acompañó en el campo de batalla, recibiendo una herida en el corazón. La Virgen hizo lo mismo que han hecho ustedes, madres que han dado un hijo a la Patria. ¡Qué ella las libre de pasar por el dolor de perderlo!

Madres que sienten el corazón oprimido por una pena muy grande, sin nombre, cual es la de tener quizá un hijo nacido con mal incurable, de cuerpo enfermizo, retrasado mental, incapaz de hablar, de entenderlas; ustedes que advierten como se abaten sobre ustedes y sobre sus hijos las alas de la muerte, cada día más próxima, de manera inexorable, confíen sus penas a María, díganle que les escuche ella, que vivió en angustiosa espera de esa misma marea cuajada de dolores.

La Virgen María sabe perfectamente lo que significa tener un hijo que sea una cruz que pesa cada día sobre el corazón. El día en que Jesús vino al mundo, los Magos de Oriente le ofrecieron mirra, que es símbolo de su muerte. Cuando el Niño sólo contaba cuarenta días, al anunciar el anciano Simeón que sería signo de contradicción, le anticipaba la crucifixión y profetizaba a María la lanzada que, al traspasar el Corazón del Hijo, atravesaría también su alma de madre. Haga la Virgen, que conoce su dolor, que abracen la voluntad de Dios oculta en su cruz y la conviertan en merecimiento para el cielo.

Déjenme luego que, por mi parte, pida a María que todos los pueblos conozcan pronto a Su Jesús.

El arte indígena va pintado a la Virgen como si hubiera nacido en el país, como una mujer de su tierra. Y muy acertadamente, desde luego. De la misma manera que en las rosas de Chartres y en la gruta de Lourdes se aparece como una francesa, y se la ve en Fátima como una portuguesa, así también resplandece con Su Cara de Bondad, negra como el azabache, ante las gentes del África Ecuatorial; espléndida y luminosa como la gloria del sol naciente, ante los japoneses; transforma, en fin, Su Belleza sin ocaso, conforme a los gustos de cada país, como

una señora elegante que no pierde ni altera su atractiva hermosura aunque se cambie de vestido.

Todas las almas desilusionadas, inquietas, temerosas, deben recobrar ánimos pensando en la bondad de María.

Cuéntase que, dando una vuelta por el Cielo, vio el Señor un día bastantes almas que habían entrado en él con demasiada facilidad. Al momento fue a verse con San Pedro, al que le dijo: “Te entregué las llaves del Paraíso para que la usaras pensando con la cabeza y haciendo las cosas con juicio. Dime cómo ha sido el entrar esas almas aquí en mi Reino.”

San Pedro, un poco amoscado, le repuso: “Señor, no debes tomarla conmigo. Cuando yo cierro la puertas, tu Madre abre la ventana.”

Bernard Shaw debía pensar en esto mismo, pues, según nos ha descubierto el escritor y poeta W.T. Titterton, el célebre Shaw, apreciaba mucho a una monja que todos los días rezaba por su conversión.

Un día quiso explicarle a la monja las dificultades que tenía para creer en la Divinidad de Cristo. Antes de marcharse, le dio Shaw unas amables palmaditas en la espalda y le añadió: “Pienso que al fin me verá Su Madre entrar en Su casa.”

Para la Virgen, siempre seremos nosotros unos chicos no bien conocidos que otra vez seremos mejores.

El corazón de una madre piensa más en el hijo que se ha caído y se ha causado mal.

El padre ofendido se fija más en la culpa, pero la madre, en la persona.

María vela por nosotros, débiles y pequeños hijos suyos, del mismo modo que velaba por su Jesús, y siendo, como es, la Madre del Juez, pueda susurrarle al oído alguna palabra de piedad y de perdón para nosotros.

El pecado y la Redención encuentran en la Virgen la posible armonía de la esperanzas. La Virgen no puede perdonarnos; pero puede, sin embargo, interceder por nosotros, conciliando la Justicia y la Misericordia de Dios con su ruego de Madre.

Sin la misericordia, la justicia sería extremadamente rigurosa; y si no hubiese justicia, la misericordia permanecería indiferente ante la culpa.

Hay un dulce matiz en el perdón obtenido por una madre y no deja ningún amargor en el perdonado.

La justicia puede castigar con mano dura nuestro delito; la misericordia nos deja en el corazón el disgusto de no haber estimado convenientemente a quien nos apreciaba.

Por ese motivo es quizá por lo que un delincuente castigado por la justicia recae en el mismo delito; pero un hijo salvado por las lágrimas de su madre promete en su corazón ser mejor en lo sucesivo.

Hay otro misterioso poder en el corazón de una madre: el de aminorar la culpa de los hijos.

Los deshonestos no podrán nunca tolerar a los castos; pero los limpios de corazón comprenden a los metidos en el fango; por eso un buen confesor siente especial afecto por el pobre pecador y está siempre predispuesto a disminuir la gravedad de la culpa; por eso mismo Dios no agrava las conciencias, sino que las libera del pecado.

Nathanael Hawthorne ha dicho: “Siempre les he envidiado a los católicos su dulce y Santa Virgen Madre que campeo entre ellos y la Divinidad. La Virgen intercepta lo que, procedente de la Divinidad, podría ser demasiado intenso para nuestros ojos mortales y sólo permite que todo el amor de Dios riegue el corazón de sus fieles después de haberse vuelto más humano y más inteligible por la ternura de la Señora.”

Para San Efrén, la Virgen es la Patrona de los abocados a la perdición.

Dejen, pues que les describa alguna de las almas heridas y desilusionadas que pueden invocar a María y pueden ser salvadas por Ella.

Hay dolores en la vida que son propios de las mujeres, y que no entienden los hombres. Tal vez por eso, lo mismo que hubo un Adán y una Eva en el día del primer pecado, debía haber un nuevo Adán y una nueva Eva en la Redención. Adán, Eva, el árbol del paraíso.

Cristo, María, el árbol de la Cruz.

Cristo padeció mentalmente todas las agonías de la humanidad; pero las ansias y los espasmos que sólo puede pasar una mujer las soportó María en unión de Él.

Hay una pena muy amarga que sólo puede experimentar el corazón de una mujer: la vergüenza de una madre no casada. La Virgen María estaba desposada con San José; pero mientras no advirtió el Ángel al esposo que la Virgen había concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y no por obra de varón, María hubo de sufrir el atroz suplicio de las mujeres que llevan en su regazo el fruto de un pecado.

Tal vez sin saberlo, Bernardo Shaw ha hecho resaltar con su conclusión una verdad sublime y consoladora. Quienes no se hallan aún dispuestos a aceptar a Cristo como Mediador entre Dios y el hombre, quizá lleguen a la Fe por medio de María que será la Mediadora entre esas almas infelices y Cristo, Virgen de la Esperanza, para quienes están muy próximos a la desesperación.

Marcelo Proust, siendo joven, contó un día a su madre todas las bestialidades que había cometido. La madre no pudo comprender todo lo que su hijo le contaba; pero con una bondad a la par suave e impresionante, le habló con ternura al corazón, le hizo más liviana la carga de su responsabilidad, y Marcelo Proust pudo entender el íntimo sentido encerrado en el título dado a la Virgen, mediante la bondad de su madre.

¿Pero cómo podrá la Virgen María identificarse con las penas de los que todavía no se han acercado a Jesucristo? ¿Cómo podrá sentir en Ella el sangrar de las heridas de los pecadores?

La Virgen María es como la azucena en el barro de una charca cenagosa: es inmaculada, pero comprende lo que les pasa a los que han caído. El pecado nos separa de Dios. La Virgen perdió también a Su Jesús, Su Dios, si bien no lo perdió moralmente, sino físicamente, durante tres días inacabables. Y su Hijo sólo tenía doce años. ¡Cuántas preguntas hizo, cuántas indagaciones realizó y cuanto rezó para encontrarlo! María nunca pecó, pero experimentó en sí el efecto, el desesperado vacío que acongoja el corazón de todo pecador que ha perdido a Dios. Los que han pecado, acuérdense de que la Virgen María irá en su busca, y cuando los haya encontrado les dirá unas suaves palabritas: “Hijo mío, te hemos buscado apenados.”

La Virgen les comprende y puede llevarles a su Hijo.

No está escrito en el Evangelio, pero creo que Judas evitó encontrarse con la Virgen antes de traicionar a Jesús y después de su traición, cuando, con el cabestro en mano, fue a colgarse de un árbol. Nadie habría encontrado nunca un perdón más cordial.

Si Judas está hoy en el infierno, ello lo debe al hecho de haber vuelto la espalda voluntariamente a la Virgen María. Si no está allí, será porque en el instante en que, desde su colina, miró la del Calvario, vería en ella a la Madre con su Hijo y moriría con la siguiente plegaria en los labios: “Refugio de pecadores, ruga por mí.”

No perdamos nunca la esperanza de salvación.

Recen el Rosario y no olviden que el último acto realizado por el Señor en la tierra fue dejarnos a Su Madre como Madre nuestra.

¡He ahí a tu Madre!

¿Y no van a quererla aceptar?

Jesús se la ha ofrecido.

[Un hijo tiene necesidad de su madre.

Una madre no puede desentenderse de su hijo.

Quisiera proporcionar un consuelo a las almas que se encuentran solas, insatisfechas y apenadas, dejándoles un recuerdo: el hijo que recibe más besos de la madre es el que más veces se cae.

Puede darse el caso de que tenga también alguno para ustedes.

¡Por el amor de Jesús!

## LA VIRGEN INMACULADA

Todo ser humano lleva en su corazón la reproducción fotográfica de la persona que ama. No existe “el amor a primera vista;” el amor es la realización de un deseo, el cumplimiento de un ensueño.

Tenemos dentro de nosotros un ideal forjado por nuestro mismo pensamiento, por nuestros hábitos, por nuestra experiencia y por nuestros deseos. De otra forma, ¿cómo íbamos a poder distinguir a primera vista qué personas y cosas nos agradan? Aun antes de tropezar con ciertas personas nos hemos creado anteriormente un modelo y una forma de lo que nos agrada y de lo que nos desagradan, y algunas de las personas que vemos son copia fiel del modelo y otras no.

¿Cómo es que cuando oímos por vez primera un motivo musical nos gusta o no? Lo juzgamos conforme a la música que llevamos en el corazón. Las mentes inquietas que no saben detenerse bastante en un mismo pensamiento y que no poseen continuidad de ideales sienten predilección por la música excitante y frenética que las distrae. Las mentes reposadas prefieren, en cambio, la música tranquila.

El corazón posee una melodía propia secreta, y el día en que se ejecuta por primera vez esa música exclama: “¡Esa es!”

Lo mismo sucede con el amor.

En el corazón humano mora un diminuto arquitecto que trabaja en el interior, y que a la vista de las personas que ve, de los libros que lee, de sus esperanzas y de sus ilusiones, diseña los bocetos del amor ideal con el ardiente y apasionado deseo de que un día puedan sus ojos contemplar ese ideal y las manos palparlo.

La vida resulta más bella el día en que vemos realizarse nuestro sueño, y la persona amada nos parece la encarnación de cuanto apreciamos. La simpatía brota de repente, pero es que, en realidad, ya existía en nosotros desde largo tiempo.

También lleva Dios dentro de sí el modelo de cuanto ama en el universo.

Del mismo modo que un arquitecto lleva en su mente el plano de la casa que quiere construir, así también tiene Dios en Su mente una idea arquetipo de cada flor, de cada pájaro, de cada árbol y de cada melodía primaveral.

La primera pincelada en el lienzo, el primer golpe del escoplo en el mármol, no pueden existir sin que les haya precedido una idea luminosa.

Cada átomo, cada rosa, no son sino realidades y conexiones de una idea preexistente en la mente de Dios desde toda la eternidad.

Todas las criaturas por debajo del hombre corresponden a un modelo que Dios tiene en la mente. Un árbol es de verdad un árbol, porque corresponde a la idea que Dios tiene de un árbol. Una rosa es rosa porque es la idea que Dios tiene de una rosa formada por las sustancias químicas y el tinte de la vida.

Con las personas, sin embargo, no ocurre lo mismo. Dios debe tener de nosotros dos imágenes: lo que somos y lo que deberíamos ser. El Señor posee el modelo y la realización, el plano y el edificio, la partitura musical y el modo cómo se ejecuta.

Dios debe tener estas dos imágenes sobre nosotros, porque en cada uno de nosotros existe una desproporción insatisfecha entre el proyecto original y el modo de realizarlo personalmente nosotros. La imagen está oscura, el cuadro está descolorido; nuestros actos libres no corresponden a la razón de nuestro ser; no llegamos a lo que quisiera Dios que fuésemos.

Aunque Dios tenga dos imágenes nuestras, existe, sin embargo, una sola criatura humana, entre todas las de la creación, de la cual posee una sola imagen, y en la que reinó y reina una perfecta conformidad entre lo que Dios pensara que fuese y lo que es en realidad; ésta es su bendita y santísima Madre.

Muchos de nosotros nos quedamos por debajo de la “marca” en cuanto que no hemos correspondido plenamente a las esperanzas que el Padre celestial abrigaba sobre nosotros; pero en el caso de la Virgen la “marca” ha sido plenamente alcanzada. María Santísima, es de carne

y hueso, tal como la idea que de ella se había forjado Dios. El modelo y la realización son perfectamente iguales: la Virgen es todo lo que fue previsto, imaginado y soñado. La melodía musical de su vida es la perfecta interpretación de la partitura original.

Por esta razón, a través de los siglos, ha atribuido la liturgia cristiana a la Virgen las palabras del libro de los Proverbios. La Santísima Virgen es la realización de todo lo que Dios hubiese querido que fuésemos nosotros, y habla de sí misma como de la reproducción fotográfica de la idea existente en la mente del Señor, a la que ya amaba Dios antes de existir como criatura humana.

Dícese de María que estaba al lado del Señor, no sólo antes de la creación, sino también en el momento de ella.

Existía en la Mente Divina como pensamiento eterno antes de que existiese ninguna otra madre.

Es la Madre de las Madres.

¡“El Señor me tuvo consigo al comienzo de su obra, en el nacimiento del tiempo, cuando inició la creación. Estuve constituida desde toda la eternidad, antes de que existiese la tierra; ya había sido concebido cuando los abismos fueron una realidad y cuando las fuentes del agua no habían brotado todavía de la tierra, ni habían surgido las montañas con sus moles inmensas; fui engendrada antes que los collados, cuando Dios creó los cielos, cuando refrenó las aguas con marcos inviolables, cuando fijó la atmósfera por encima de todas las cosas, cuando niveló los manantiales de las aguas en las concavidades. Estaba presente cuando Dios encerró el mar dentro de sus límites, estaba al lado del Creador, y desde la mañana a la noche, mientras me recreaba inclinada delante de Él, sentía crecer mi alegría; jugaba en este mundo de polvo, teniendo por compañeros de mis juegos a los hijos de Adán. Escúchenme, pues, ustedes que son hijos míos. Dichosos los que me escuchan y, atentos a mi portal, esperan día tras día el momento en que abra mis puertas. El que me encuentre encontrará la vida y beberá completa felicidad en el cáliz de Dios.” (Proverbios, 8, 22-36).

Dios no pensó en la Virgen solamente desde la eternidad, sino también al principio mismo del tiempo.

Cuando el género humano se hubo perdido por culpa de una mujer, Dios habló al demonio de la siguiente manera: “Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya. Ella aplastará tu cabeza mientras que tú pondrás asechanzas en su calcañar” (Génesis, 3, 15).

Dios quería significar que, si por culpa de una mujer, se había perdido el hombre, también se salvaría a través de la mujer.

El mal prosperaría, y bajo místicas apariencias llegaría a instaurar un reino comunista y satánico; pero la mujer tendría también su progenie: A Nuestro Señor, el Hijo de Dios, el Salvador del mundo.

Cuando Dios determinó hacerse hombre, debió escoger el tiempo de Su Venida, el país donde nacería, la población en la que nacería, la gente y la estirpe con las que viviría, los sistemas políticos y económicos que le rodearían, la lengua que hablaría y las reacciones psicológicas con las que estaría en contacto, como Señor de la historia y Salvador del mundo.

Todos estos problemas los resolvería con un solo factor, con la mujer que habría de ser Su Madre.

Escoger la Madre significaba también elegir una determinada posición social, un idioma, una población, un ambiente, un momento decisivo en el destino.

Su Madre no era como la nuestra, aceptada por nosotros como algo establecido en la historia y que no nos es dado cambiar; el Señor, en cambio, nació de una madre que se eligió antes de nacer.

Este es el primero y único caso en la historia en el que un hijo haya elegido la propia madre y en el que una madre haya elegido a su hijo. Y eso es lo que expresan las palabras del Credo: “Nació de Santa María Virgen.” La Virgen fue llamada por Dios como lo fue Aarón, y Nuestro Señor nació, no sólo de su seno, sino también de su mismo deseo de concebirlo.

No debemos extrañarnos que se hable de la Virgen María como de un pensamiento que cruzó por la mente de Dios antes de crear el mundo.

Cuando Whistler pintó el retrato de su madre, ¿no tuvo acaso la imagen suya ante sus ojos antes de ordenar los colores en el cuadro?

Si les hubiera sido dado existir antes que su madre, no artísticamente sino en la realidad objetiva, ¿no la habrían hecho como la mujer más perfecta del mundo –una criatura tan hermosa que habría despertado la envidia de todas las demás mujeres- como una criatura tan gentil y cariñosa que todas las demás madres habrían deseado imitar sus virtudes?

¿A qué, pues, pensar que Dios obraría de manera diferente?

Cuando a Whistler le elogiaron el retrato de su madre contestó: “Ya saben lo que pasa: cada cual trata de hacer a su madrecita lo mejor que puede.”

También creo que cuando Dios iba a ser Hombre, haría a Su Madre lo mejor que pudiese y, consecuentemente, la hizo perfecta.

Dios no obra nunca sin la más depurada ponderación.

Las obras maestras de Dios son la creación del hombre y su segunda creación y redención.

La creación se hizo para los hombres cuando aún no habían caído en el pecado original; pero Su Cuerpo Místico, en cambio, para los hombres pecadores.

Antes de crear al hombre, Dios creó un jardín delicioso, tan bello como sólo Dios podía hacerlo; en ese Paraíso se celebraron las primeras bodas entre el hombre y la mujer.

Cuando el hombre renunció a los bienes divinos cediendo a lo más bajo de su naturaleza y se rebeló contra el cielo, Dios estableció crear al hombre por segunda vez, redimiéndolo; pero antes de proceder a ello creó otro jardín.

Este nuevo jardín no sería ningún jardín terrenal, sino un jardín humano; sería un jardín en cuyas puertas nunca estaría escrita la palabra “pecado”; un jardín en el que nunca crecería la mala hierba de la rebelión para sofocar las flores de la gracia; un jardín que daría vida a cuatro ríos de redención cuyas aguas correrían por los cuatro puntos cardinales de la tierra; un jardín tan limpio que Dios Padre no vacilaría en hacer vivir en él a su propio Hijo; y este “Jardín Encantando” cuyo jardinero sería el nuevo Adán, fue nuestra Bendita Madre.

Así como el Edén había sido el Paraíso de la creación, la Virgen María sería el Paraíso de la Encarnación, y en Ella, como en un jardín, se celebrarían las primeras bodas entre Dios y el hombre.

Cuanto más se aproxima uno al fuego, tanto más calor experimenta; cuanto más nos aproximemos a Dios, mayor pureza encontraremos; pero del mismo modo que nadie estuvo más cerca de Dios que la mujer, cuyas puertas humanas abrió Él para andar por esta tierra, nada existe tampoco tan puro como Ella.

A esta pureza la llamamos la Inmaculada Concepción.

La palabra “Inmaculada” no viene del “nacimiento de la Virgen”, sino de otras dos latinas que significan “no manchada”. “Concepción” quiere decir que en el momento en que fue concebido en el seno de Santa Ana, nuestra Bendita Madre fue preservada del pecado original en virtud de los méritos de la redención de Su Hijo.

No he llegado a comprender por qué a estas alturas aún encuentra el hombre algún motivo para reírse de la Inmaculada Concepción cuando pretende, como modernos pagano que es, haber sido concebido también sin mancha alguna. Si no existiese el pecado original, entonces es cuando naceríamos sin mancha todos los mortales.

¿Por qué ha de mostrarse, pues, el hombre tan reticente en atribuir a María lo que se atribuye a sí mismo?

Sin embargo, a pesar de su Inmaculada Concepción también debió ser limpiada de pecado la Virgen María. ¡También ella!

María es el primer caso de redención, en cuanto que fue preservada del pecado en el mismo instante en que fue concebida, mientras que nosotros lo somos también, aunque de modo

menor, después del nacimiento. Ese privilegio se le concedió a la Virgen, no por Ella sola, sino por el amor de Dios.

Supongamos que Dios, al crear de nuevo al hombre, no hubiese creado igualmente una nueva mujer, una nueva Eva. ¡Qué desastre más grande se hubiese producido!

¡La Cristiandad estaría acusada de ser una religión de hombres solamente!

¡Las mujeres habrían de haberse procurado otra religión exclusiva de mujeres solamente!

Se habría insinuado que la mujer debiera ser siempre la esclava del hombre y que el mismo Dios entendía que fuese así al no haber creado una nueva Eva, como lo había hecho para Adán. La Inmaculada Concepción de María es el más grande tributo de la Cristiandad a la parte confiada a las mujeres en la redención.

Y esto nos conduce de nuevo al principio.

Dijimos que cada uno de nosotros lleva en su corazón la reproducción fotográfica del amor ideal. Todo hombre que busca a su mujer, toda mujer que desea ser cortejada por los hombres, cualquier vínculo de amistad en el mundo, buscan desesperadamente un amor que no sea solamente el amor de “él” o de “ella”, sino algo que comprenda a ambos y que ellos llaman “nuestro amor”.

Cada uno de nosotros se halla enamorado del amor ideal, amor tan superior al físico, que hace olvidarlo por completo.

Todos nosotros sentimos mayor apego por unas cosas que por otras. Cuando pasa la onda, el apego, el amor por esas cosas ha terminado. Para decirlo con el poeta: “Podría amarte así de bien, o querida, si no amase todavía más el honor.”

Así como se necesita el aire para respirar, así también se necesita una atmósfera especial para amar, debiendo estar constituida la esencia de esa atmósfera por Jesucristo y por María.

El amor ideal que sabemos existe más allá del amor terreno, ese amor al que nos dirigimos cuando nos quedamos sin el amor físico, es el mismo ideal que Dios lleva en el corazón desde la eternidad la mujer que Él llama “Madre Santa”-, la que cada uno de nosotros ama cuando ama a una mujer, lo sepa o no lo sepa.

La Virgen es como toda mujer quisiera ser cuando se mira en el espejo de la vida.

Ella es la mujer con la que todo hombre quisiera desposarse; es el ideal latente en el sentido de rebelión que toda mujer experimenta cuando el hombre se hace demasiado agresivamente sensual; es el secreto deseo que toda mujer siente de que la honren y la protejan.

Para conocer a una mujer, poseyéndola, se precisa que el hombre la haya poseído antes en sueños.

Para ser amada por el hombre que la posee, la mujer debe haber deseado antes ser amada por él idealmente.

María es el ideal y el amor, imagen de lo que es posible; la Virgen es el ideal de amor que Dios amaga aún antes de crear el mundo; es la Virgen Inmaculada, Madre de Dios.

Dejad, pues, que diga con ustedes: “Ella es a quien yo quiero.”

¡Por el amor de Jesús!

## LA VIRGEN DE LA REDENCIÓN

A todos les gusta hablar de bodas. Si un corazón humano no encuentra en sí bastante amor, lo va a buscar entre los enamorados. La boda más conocida de la historia se verificó en Caná. Es la única vez, en la Sagrada Escritura, en que a María, la Madre de Jesús, se la nombra antes que a Él. Resulta atractivo y consolador que el Señor, venido al mundo para enseñarnos el sacrificio y a inclinarnos a abrazar, día tras día nuestra cruz, diera comienzo a Su vida pública asistiendo a un banquete de boda.

Estas bodas orientales duraban en ciertas ocasiones hasta siete días consecutivos, pero tratándose de gente humilde, lo más que duraban eran dos días. No sé a qué categoría pertenecería esta boda de Caná, aunque lo cierto es que en un determinado momento faltó el

vino. Siendo Caná un pueblo vinícola, es muy probable que el novio hubiese hecho abundante acopio de vino. La falta debe atribuirse principalmente al hecho de que el Señor fue a la boda en compañía de Sus Discípulos, los primeros “portugueses” de la historia cristiana. Y este hecho fue el que influyó poderosamente sobre las existencias de vino. El Señor y los suyos llegaron tras un viaje a pie de tres días, durante los que habían cubierto una distancia de casi 145 kilómetros. No es extraño, pues, que faltasen vino y comida para personas tan hambrientas y sedientas.

El hecho más sorprendente de estas bodas fue que se percatara antes la Virgen que los mismos camareros de la falta de vino. María advierte nuestras necesidades antes que nosotros mismos. A Su Divino Hijo le hizo una ligera indicación: “No tienen vino.” En estas palabras, no sólo se encierra el reconocimiento del poder del Hijo, sino que aparece implícito el deseo de poner fin a una situación embarazosa. Creo que la Santísima Virgen habría presenciado otros prodigios del Señor, aunque tal vez no los hubiera realizado en público. Si no hubiese tenido el firme convencimiento de que era el Hijo de Dios Omnipotente, la Virgen no le hubiera podido pedir un milagro. Algunos de los más grandes milagros del mundo se deben a la influencia de una Madre porque “quien mece la cuna gobierna al mundo”.

La respuesta del Señor fue: “Y eso ¿qué nos va a ti y a mí, mujer? Aun no ha llegado mi hora”. Detengámonos en analizar estas misteriosas palabras. Fíjense en que el señor dice: “aún no ha llegado mi hora”, expresión que emplea siempre que se refiere a Su Pasión y Muerte; por ejemplo, la noche en que Judas atravesó el torrente Cedrón para herir sus labios con un beso, dijo el Señor: “Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.” Pocas horas antes, durante Su Última Cena en la tierra, hablando anticipadamente de Su muerte, había dicho: “¡Ha llegado la hora...! ¡Oh Padre, glorifícame en Tu presencia con la gloria que tenía junto a Ti antes de que el mundo existiese!” Antes aún, cuando su vida había quedado amenazada con tentativas de lapidación, consigna el Evangelio: “Todavía no había llegado su hora.” El Señor quiso dejar bien patente que, según la voluntad del Padre, su hora no había llegado aún porque en la insinuación de María iba implícita la necesidad de anticiparla. Y la Sagrada Escritura añade: “De esta forma, Jesús hizo el primero de sus milagros y manifestó Su gloria en Cana de Galilea y sus discípulos creyeron en Él.”

Sirviéndonos de nuestra habitual manera de hablar, podemos expresar que el Señor dijo a Su Santa Madre: “Mi querida mamá, ¿no te das cuenta de que me estás pidiendo que aparezca ante el mundo como Hijo de Dios hecho hombre y que demuestre con hechos y milagros mi Divinidad para que ésta quede proclamada ante los hombres? En el momento que empiece a hacer eso, me habré puesto en el camino real de la Cruz. El mundo no quiere la Bondad perfecta sino sólo mediocridades. Mi hora no ha llegado todavía, pero ¿quieres de verdad que la anticipe? ¿Es voluntad tuya que comience a andar hacia el Calvario? ¿Quieres verme repudiado por los hombres? ¿No sabes que cambiarían nuestras actuales relaciones. Ahora tú eres mi mamá y en nuestro pueblecito se te conoce como la madre de Jesús. Si en este instante me manifiesto como el Salvador de los hombres y doy comienzo a la obra de la Redención, su papel va a cambiar también. Lo que me afecta a mí, te afectará a ti también. En cuanto yo empiece la salvación de la humanidad, ya no serás únicamente mi madre, sino que serás asimismo la Madre de los redimidos. Cuando haya salvado al cuerpo, como cabeza de la humanidad, tú, madre de la cabeza, serás también la Madre de Mi Cuerpo Místico, la Iglesia. Vendrás a ser la Madre Universal, la nueva Eva, del mismo modo que yo soy el nuevo Adán. Te llamo “mujer” para conferirte el título de la maternidad universal, para indicarte el papel que tienes asignado en la Redención. A Ti aludía cuando le anuncié a Satanás que pondría enemistades entre él y la mujer, entre su descendencia y la tuya; es decir, entre él y yo, que soy tu Hijo. Te revisto en este momento con el título de Mujer; también te investiré el mismo título cuando esté izado en la Cruz, como un águila mal herida. Somos una sola cosa en la obra de la salvación; lo que es tuyo, es mío. Desde ahora en adelante ya no seremos Jesús y María solamente, sino el nuevo Adán y la Nueva Eva. Vamos a dar una nueva vida a la humanidad



cambiando el agua del pecado en el vino de la vida. Y sabiendo todo eso, madrecita mía, ¿aún quieres que solicite mi Cruz y me ponga en camino hacia el Calvario?”

Jesús dejó bien claramente expuesto que el mundo no toleraría su Divinidad, y después de cambiar el agua en vino, también se cambiaría el vino en sangre. ¿Qué respuesta daría la Madre? ¿Impulsaría al Hijo hacia la Muerte Redentora? Su respuesta fue de completa colaboración con la Cruz. Habla por última vez en las Sagradas Escrituras; dirigiéndose a los coperos les dice: “Hagan cuanto les diga.” ¡Magnífica despedida! María nos invita a cumplir la voluntad del Hijo que ha asegurado que ha venido a la tierra para cumplir la voluntad del Padre. Y llenan las ánforas, las llevan al Señor y, según la admirable expresión de Richard Crashaw, “el agua inconsciente vio a su Dios y se puso encarnada”.

Detengámonos para dos lecciones espirituales. La primera se resume en el “Ayúdame y Dios te ayudará”. Jesús hubiera podido sacar el vino de la nada, como de la nada había sacado antes el mundo, pero exigió, en cambio, a los criados que le llevaran las ánforas llenas de agua. No podemos esperar que el Señor nos transforme si no le ofrecemos algo. Es inútil que nos limitemos a decirle: “Señor, ayúdame a vencer los malos hábitos; hazme sobrio, puro, honesto!” Esta clase de oraciones no valen nada si no van acompañadas de esfuerzo personal. No debemos esperar pasivamente la manifestación del poder de Dios. Debe proceder el acto determinante de nuestra libertad, aunque lo que ofrezcamos a Dios no sea más que una cosa sin espíritu, agua insípida de nuestra vida cotidiana.

Antes de que nosotros mismos nos demos cuenta, interviene la Virgen para cuanto nos hace falta; esta es la segunda enseñanza de Caná. Ni el mestresala, ni los sirvientes ni los invitados sabían que se hubiese acabado el vino y el que ya no podían pedir más. Si no sabemos lo que necesita nuestra alma, ¿cómo vamos a pedir por nuestras necesidades? Muchos de nosotros no llegaríamos al Señor si alguien no conociese mejor que nosotros mismos nuestras necesidades y no pidiese al Señor que las remedie. Ese fue el papel de María en Caná; ese es el papel de la Santísima Virgen hoy en día también.

En las necesidades humanas, María se hace nuestra intérprete, lo mismo que una mamá para su nene enfermito. El bebé sabe llorar, pero no sabe expresarse. Puede ser que un alfiler le pinche o sienta hambre o algún malestar. La mamita lo sustituye para determinar lo que haya que hacer. De igual manera que una madre conoce las necesidades de su niño mejor que él, así también conoce nuestras lágrimas y nuestras preocupaciones la Virgen mejor que nosotros mismos. Lo mismo que una madre sabe cuándo tiene su hijo necesidad de que lo vea un médico, también sabe la Virgen la necesidad que tenemos de Su Hijo. Así como el Señor es mediador entre nosotros y el Padre celestial, así también es la Virgen mediadora entre Jesucristo y nosotros. La Virgen llena nuestras ánforas vacías, nos provee del elixir de la vida y salva nuestras dichas. María no es nuestra redención, no somos absurdos, de igual manera que la madre no es el médico; pero del mismo modo que muchos de nosotros debemos la conservación de nuestra vida física a nuestra madre terrena, así hay muchos que deben la conservación de su vida espiritual a la Madre de todas las madres, a la Virgen María.

Tres años después de las bodas de Caná, todo se había cumplido. Había llegado la hora; el vino se cambiaba en sangre. Jesucristo había realizado muchos milagros y los hombres lo crucificaban.

El Señor mira desde la Cruz a las dos personas a quienes mayor cariño tenía en la tierra: a San Juan y a Su Santa Madre. Volviendo al tema de Caná, se dirige a la Virgen en una segunda Anunciación, dándoles el mismo título que le había conferido en las bodas: “Mujer”. Con un movimiento de sus ojos llenos de polvo y de su Cabeza, coronada de espinas, mira con ternura a Quien, conscientemente, lo impulsó hacia la Cruz y que ahora permanece derecha al pie de ella, y le dice: “Ese es tu hijo.” Luego se dirige a San Juan, y no lo llama por su nombre porque no habla solamente al hijo de Zebedeo, sino a todos nosotros, y le dice: “Esa es tu Madre.”

Después de tantos años, esa fue la respuesta a las palabras misteriosas del Evangelio de la Encarnación: “...dio a luz a su Primogénito”. ¿Quería esto, acaso, significar que la Virgen habría de tener más hijos? Sí, cierto; pero no según la carne. Había de tener otros hijos según el

espíritu: Juan es el segundo de sus hijos; Pedro, Andrés, Santiago, los tercero, cuarto, quinto, y así sucesivamente hasta nosotros, los millonésimos de los millonésimos hijos suyos. Había engendrado a Su Primogénito, Jesús, con la alegría de Belén. Con el dolor de al pie de la Cruz, engendró a Su hijo segundo y a todos nosotros, no por figura metafórica, sino en virtud de los dolores del parto. Así como una madre no puede olvidarse de los hijos de sus entrañas, tampoco puede la Virgen olvidarse de los hijos engendrados con semejante dolor y agonía. Del mismo modo que tenemos una madre terrena que nos ha traído al mundo mediante los sufrimientos de la carne, asimismo tenemos otra Madre que nos lleva a Jesús a través de los sufrimientos del espíritu. No creo que ninguno de ustedes vaya a permitir que un prejuicio de algunos centenares de años le impida aceptar la necesidad de tener por Madre a Quien nos dio el Señor al pie de la Cruz.

A nuestra Señora y Madre, la Virgen María, les encomiendo a cada uno de ustedes. Que de sus labios se eleve una sola oración esencial: la de hacer la voluntad de Dios para poder cumplir el mandato de Caná: “Hagan cuanto Él les diga.” Y terminamos con las palabras de Mary Dixon Thayer:

Bella Señor, vestida de azul,  
¡Quiero que me enseñes a rezar!  
Dios era sólo tu hijito Jesús,  
¡Dime qué puede o le deba expresar!

¿Estaba a veces el Rey de naciones  
Con ternura indecible en tus rodillas  
Y tú le entonabas dulces canciones  
Al igual que hacen hoy las madrecitas?

¿Tomabas de noche sus manecitas  
Para contarle con todo candor  
Historias tristes y también bonitas  
Que al Niño causaban risa o dolor?

¿Puede gustarle al escuchar mis cosas  
Pequeñas, no importantes, personales,  
O pueden impedirlo, rumorosas,  
Las ligeras alas angelicales?

¿Me escucharán ahora el Niño y tú?  
Dímelo, Virgen, pues sí que lo sabrás.  
Bella Señora, vestida de azul,  
¡Quiero que tú me enseñes a rezar!

Dios era sólo tu hijito Jesús  
Y sabes lo que yo deba expresar.

¡Por el amor de Jesús!

## LA VIRGEN DEL SOL

En la Pascua de este hoy no hay la alegría que debiera haber. Los enemigos de Dios están muy contentos y los amigos se muestran demasiado pesimistas.

Los enemigos de Dios están muy contentos porque piensan que han ganado. A fines del siglo último, Nietzsche se jactaba de que “Dios había muerto”. Desde entonces, los enemigos de Dios

han dado un salto enorme. El 37 por 100 de la población del mundo está hoy bajo los golpes del martillo o cortada por la hoz del comunismo ateo. En la carta de las Naciones Unidas no figura el nombre de Dios ni se menciona Su Ley moral. El último Congreso de una de las grandes organizaciones mundiales al servicio de la humanidad ha excluido de su preámbulo el nombre de Dios. Los enemigos de Dios pueden vanagloriarse de que en nueve Estados no puede predicarse el Evangelio de Cristo y en los que ha sido crucificado de nuevo y no sólo bajo el letrero escrito en hebreo, griego y latín, sino en la mayor parte de los idiomas del mundo.

Por otra parte, los amigos de Dios se muestran demasiado pesimistas. El ver expulsados de China a 13,000 misioneros y destruida su labor de siglos; a Rusia, tierra en otro tiempo sagrada, violada hoy por unos dictadores que siembran de bombas su camino hacia los tronos proletarios; a Polonia, antes la Irlanda del Este, reducida a un guiñol en manos ateas; el pulpo rojo extendiendo sus tentáculos para entenebrececer las inteligencias, contaminar la verdad, transformándola en mentira y llamando luz a la oscuridad, lleva a los amantes de Cristo Crucificado a exclamar en su turbación: “Domine, usquequo?”

¿Y qué otra cosa es ese falso optimismo de los enemigos de Dios y esa turbación injustificada de sus amigos sino la repetición de cuanto fue sucediendo en los últimos días de la vida terrena de Jesucristo cuando sus enemigos estaban demasiado contentos y sus amigos extremadamente pesimistas? ¡Los enemigos del Señor se mostraban demasiado optimistas! Por medio de la agitación y propaganda entre las masas y de demostraciones organizadas ante el palacio del Gobernador, decían a un político claudicante: “No queremos que este hombre sea nuestro rey.” Y ante Nuestro Señor, crucificado como un vulgar delincuente, dispararon sus injurias, que sonaban a vanagloria de su triunfo y la completa derrota del Señor. Le echaban en cara que había predicho que destruiría el templo y que lo reconstruiría y, en cambio, permanecía en pie como testigo contra Su vanagloria. Le reprochaban que habiendo librado a otros de sus males, no pudiese librarse Él de la cruz. Le recordaban que había dicho que era Rey, pero que en realidad lo era de la burla, con una corona de espinas por diadema, con un clavo por cetro y con una crucifixión en lugar de la ceremonia de coronación. Le enfrentaban diciéndole que su pretensión de ser Hijo de Dios no pasaba de ser una estúpida majadería desde el momento en que su pretendido Padre no acudía en su ayuda.

Bajado Jesús de la Cruz, José de Arimatea se apresuró a presentarse decidido a Pilatos para pedirle el sagrado cuerpo del Señor. Los Evangelios ponen en labios de José la palabra griega “soma”, que indica respeto por un cuerpo muerto, mientras que Pilatos, llevado de su optimismo, convencido de que el poder del César no declinaría nunca, repuso a José con la palabra “ptoma”, que significa cadáver o inmundicia. El optimismo final de los enemigos culminó con la colocación de guardianes, no para impedir la Resurrección, sino para evitar que los Apóstoles, después de robar el cuerpo, pudieran decir que había resucitado de entre los muertos. En fin, parecían haber triunfado definitivamente, y para mayor escarnio, ruedan un voluminoso bloque hasta la puerta de la tumba, y Quien se había llamado “piedra” estaba aprisionado por una piedra. Pero no levantarse ya más. Mucho antes de que Nietzsche escribiera su primer renglón blasfemo, ya los enemigos de Jesucristo habían celebrado su aparente victoria: Dios había muerto.

Por otra parte, los amigos de Jesús estaban muy desmoralizados y pesimistas. Aunque habían oído decir al Señor que resucitaría al tercer día de después de su muerte, no lo creían. Las mujeres iban al sepulcro con perfumes que habían preparado, no para festejar al Señor Resucitado, sino para ungir su cuerpo muerto. Muy lejos de esperar la resurrección, se decían: “¿Quién nos apartará la piedra del sepulcro?” La misma María Magdalena que había resucitado de la muerte del pecado a la renovación de la vida divina, y que había oído decir al Señor que Él era la Resurrección y la Vida, acudió con perfume y lloros, pero no de alegría esperando la resurrección, sino de pena por haber muerto el amado. Y al encontrar vacío el sepulcro, no piensa que hubiese podido resucitar, sino que contesta al Ángel, que llora porque se han llevado al Señor y no sabe ella dónde lo han podido poner. Y cuando se le aparece el Señor en

el huerto, ni siquiera levanta la mirada y trata de señor a la persona que a ella se le figura el hortelano y le dice: “Si te lo has llevado tú, dime dónde lo has colocado, para ir yo por Él.” La santa esperaba encontrar un cadáver al que dar nueva sepultura; no estaba preparada para enfrentarse con el vencedor de la muerte. Pero al hablarle el Señor, Lo reconoce al momento y le llama con el nombre de Sus íntimos: “Rabóni”, ¡Maestro!, y se apresura a comunicar la noticia a Pedro y a Juan, quienes no la creen y toman sus palabras por “fantasías de mujer”.

En la tarde del día de Pascua, yendo como compañero de viaje por el camino de Emaús con dos de sus discípulos, Jesús los ve abatidos por el desaliento, motivado por el hecho de haber transcurrido tres días desde Su Muerte; y temen que no sea el Redentor de Israel, conforme lo habían creído. Y siete días después afirmaba el apóstol Santo Tomás que no creería la noticia de la resurrección del Señor hasta no meter los dedos en Sus manos y su mano en el costado. Aparecióse Jesús en aquel preciso instante, y le dijo: “Mete aquí tu dedo y examina mis manos. ¡Alarga tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente!” Con toda evidencia, lo que menos se esperaban los Apóstoles y los seguidores del Señor, era Su Resurrección. Se les apareció en su niebla, al disiparles su temor les dijo: “¿Por qué están turbados y por qué abriga su corazón tantos recelos?”

Pido que en este día de Pascua repita el Señor a sus amigos: “¿Por qué están tan deprimidos, abatidos, y por qué esta turbado su corazón?” Alégrese de que en el mundo existan negruras y persecuciones. ¿No dijo el Maestro que del mismo modo que le persiguieron a Él perseguirían también a sus seguidores? ¿Es que hemos perdido la cristiana virtud de la esperanza? ¿Por qué ha de ser nuestra conducta diferente de la de los cristianos del primer siglo de nuestra era? También miraban ellos el mundo con recelo, esperándose de un momento a otro su fin, precedido por la venida de Jesucristo y el juicio. Pero lo esperaban animosamente: buscaban las cosas más elevadas con fe en la Resurrección.

Hoy, por el contrario, son mayoría los que, de la Resurrección, anhelan la seguridad más que la felicidad. Son o somos como los que durante una travesía marítima se preocupan más del chaleco salvavidas que del camarote, o que en un viaje aéreo se interesan más por el paracaídas que por la hermosura del cielo de Dios, o que en un viaje por ferrocarril piensan más en que haya puestos de socorro que en la excursión que están efectuando. Digamos, en cambio, con San Pablo: “Si Cristo no ha resucitado, somos los seres más miserables del mundo.” ¿Cómo podemos creer que Dios reserve a sus enemigos todas las satisfacciones y alegrías y a sus hijos todos los lutos y contrariedades? ¿Estamos condenados acaso a colgar nuestras armas en los sauces llorones, a entonar tan sólo dolorosos lamentos, mientras los hijos de Satanás ríen y triunfen? ¡Oh, no! Vayamos a Dios y llamémosle “Padre”, como hijos suyos que somos por adopción, que no es lo mismo que por esclavitud. ¡No temamos! Estemos plenamente convencidos de que Quien entró en el sepulcro era la mismísima Verdad, y que la Verdad, pisoteada resurgirá nuevamente de manera irresistible.

Dostoievsky cuenta la siguiente anécdota de dos hombres que estaban observando el cuadro de Holbein “El descendimiento de la Cruz”. Decía uno: “Me gusta contemplar este cuadro.” Respondióle el otro: “Muchos han perdido la fe por causa de esta obra.” Y con razón. Ese cuadro destruirá la fe de un materialista, de un ateo, de un comunista y de todos los que crean que después de la muerte ya no hay nada más. Si Cristo murió y no resucitó, no cabe pensar ni en la bondad de Dios ni en la de los hombres. Pero si Quien escogió lo peor de la vida, venció, el mal no podrá prevalecer nunca. ¡Alegrémonos porque Quien estaba muerto vive ahora; y aunque toquen las campanas por la ejecución de la Iglesia, la ejecución quedará eternamente aplazada.

¡No pierdan el ánimo los que crean en la Resurrección! Acuérdense que la Iglesia, lo mismo que Jesús, no sólo tiene una vida continuada, sino que ha sobrevivido a millares de crucifixiones a través de otras tantas resurrecciones. Aunque se haya bajado el telón de acero contra el Evangelio de Jesús en Rusia y el de bambú contra la Iglesia en China, estén seguros de que Quien rompió la Piedra, infligiendo a la tierra la única herida grave recibida de ella, de

una tumba vacía, levantará un día los telones, disipará la oscuridad que precede a la luz y Quien creían que estaba muerto volará en alas de la mañana.

No se dejen desmoralizar por el pensamiento de la bomba atómica, preguntándose despavoridos: “¿Moriremos”, sino que, por el contrario ante la luz de la Redención, habremos de preguntarnos: “¿Resucitaremos?” Aunque los sabios modernos puedan llevarse el átomo del sol para despedazarlo y dividirlo, recuerden que en Fátima se apareció la Virgen con el Sol a merced suya para que nos fijáramos en que el sol y sus rayos le pertenecen a Ella y a la vida, y no a los ateos y a la muerte.

Si oyen hablara de la maldad diabólica de unos hombres cuya bandera está enrojecida con la sangre de sus víctimas; si oyen hablar de los que martirizan los cuerpos y las almas, creando lo que podríamos llamar martirios áridos, como el de Mindszenty, Stepinac y Beran, estén seguros de que las mentes hechas pedazos y los cuerpos macilentos provocarán un castigo del cielo más fuerte que el originado por la sangre del inocente Abel y que alboreará un nuevo día de esperanza cuando estos varones perseguidos entonen un “requiem” en la tumba de los que ganaron una batalla y perdieron la guerra.

Dios no consiente nunca el mal sin sacar de él un bien. El comunismo es un mal, pero para la Divina Providencia puede convertirle en el fertilizante de una nueva civilización; la muerte se ha extendido por el mundo durante el invierno de su insatisfacción para preparar a la tierra inerte a revelar sus secretos en la nueva primavera del espíritu.

Puede darse que en este segundo milenio de historia cristiana se encuentre el mundo en los dolores de un nuevo nacimiento y que el mensaje cristiano vaya desde el Occidente al Oriente. Dentro de poco, el crucificado Cuerpo Místico de Cristo tenderá Sus manos sangrantes a los japoneses, que pondrán en ellas sus flores de loto para transmutar las heridas del odio en las llagas cicatrizadas del amor. A los chinos les llevará Su cuerpo contusionado y lacerado para que los lisiados, paticojos, ciegos y famélicos tiendan sus manos curadas ya después de haber hecho desaparecer de nuestra vista los vestigios que quedaban de una noche ida para siempre. A los pueblos de la India les mostrará la llaga abierta de Su costado, y ellos, que han buscado la paz en un Nirvana e inconsciencia acudirán por fin a Su Corazón con el amor que es la salvación para el alma. Finalmente, penetrando en la oscuridad a través de una corona de espinas, se dirigirá al África y a los pueblos de la Virgen negra, y esos africanos Le sacarán las espinas y Lo coronarán de flores y de capullos, tan blancos como sus almas y tan perfumados como su fe.

¡No se desanimen! Recuerden que su Rey, aunque tambaleándose a veces en Su trono y concediendo al mal sus horas, vence siempre en la contienda. Digan con San Pablo:

“¿Quién nos separará del amor de Cristo?”, ¿la tribulación o la angustia?, ¿el hambre, la desnudez, los peligros, la persecución o la espada? Estoy persuadido de que ni la muerte, ni la vida, ni los Ángeles, ni los Principados, ni las Virtudes, ni cosas actuales o futuras, ni poderes, ni alturas, ni profundidades, ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios en Cristo Jesús Señor Nuestro.

¡Por el amor de Jesús!

## LA VIRGEN Y RUSIA

Se ha hecho tan corriente en nuestro mundo juzgar un acontecimiento cualquiera en función de algún otro, que se está despreciando otro elemento de juicio mucho más importante, cual es la intervención de lo Eterno en la historia para anular los mezquinos y fútiles valores del espacio y del tiempo.

Puesto que no cabe esperar que sepan algo acerca de ciertas revelaciones celestiales los que viven en un universo bidimensional en el que sólo existen derecha e izquierda, sin un “arriba”

o un “abajo,” será útil recordar que las dos manifestaciones más importantes se produjeron cuando más necesidad tenía el mundo de ellas y cuanto menor atención les prestó el mundo.

La primera de esas manifestaciones celestes se verificó en el año en que nacieron las ideas que han formado nuestro mundo moderno y la segunda en el año en que las ideas se tradujeron en hechos.

Si cabe señalar algún año en que podamos decir que se inició la vida moderna –y como tal entendemos lo que está en contraposición con la vida cristiana-, ese año sería el de 1858.

En dicho año escribió precisamente un tal John Stuart Mill su “Ensayo sobre la libertad,” en que se identifica la libertad con el abuso y ausencia de responsabilidades sociales; EN EL MISMO AÑO, Darwin publicó su “Origen de las especies,” en el que, apartado la atención humana de los fines eternos, hizo fijar la vista de los hombres en un pasado animal. También fue en 1858 cuando compuso sus óperas Ricardo Wagner, en las que hizo revivir el mito de superioridad de la raza teutónica. Carlos Marx, fundador del comunismo, escribió en el mismo 1858 su “Introducción a la Crítica de la Economía Política,” en cuya obra se corona la Economía como reina y base de la vida y de la cultura.

De esos cuatro hombres nacieron las ideas madres que han regido y dominado al mundo por espacio de casi un siglo, sosteniéndose, por ejemplo, que el hombre no es de origen divino, sino animal; que su libertad es abuso y ausencia de autoridad y de ley, y que, privado de espíritu, forma parte integrante de la materia cósmica sin tener necesidad, por consiguiente, de religión alguna.

En tan importante año de 1858, el día 11 de febrero, al pie de los Pirineos franceses, en el pueblecito de Lourdes, apareció también la Santísima Virgen María, por vez primera entre dieciocho, a una aldeanita apellidada Soubirous. Hoy la conocemos por Santa Bernadette.

Cuatro años después que la Iglesia había definido el dogma de la Inmaculada Concepción, abriéronse los cielos y la Santísima Virgen, tan bella que no parecía criatura terrenal, hablo a Bernadette para decirle: “Yo soy la Inmaculada Concepción.”

En el preciso momento que el mundo negaba la culpa de origen y, sin que ello le constara, afirmaba que toda persona nace sin pecado original, nuestra Bendita Madre declaraba: “Yo sola soy la Inmaculada Concepción.”

Nótese bien que no dijo: “Yo he sido concebida inmaculada.” Entre ella y la Inmaculada Concepción hay la misma identidad, poco más o menos, que la declarada por Dios en el Monte Sinaí cuando afirmó: “Yo soy el que es.”

De igual modo que el “ser” es la naturaleza esencial de Dios, así la Inmaculada Concepción es el privilegio natural de la Virgen María.

Si solamente fue la Virgen concebida inmaculada, cualquier otro ser humano nace por tanto, con el pecado original; si no existiera el pecado original, todos seríamos concebidos inmaculados. El reclamar la Virgen este privilegio como suyo significó una condena implícita de las ideas que dieron principio al moderno mundo anticristiano.

La Virgen invitaba a los hombres a peregrinar hasta su altar, como señal de reconocimiento del espíritu, en contra de los que sostenían que en el ser humano, solamente existe naturaleza material; la Madre Divina estimulaba a los hombres a elevarse sobre el animal, con su aspiración suprema hacia Dios, en oposición a los que dejaban reducido el hombre a un animal, y éste a la naturaleza; el Eterno reafirmaba que solamente nos hace libres la Divina Verdad, con la gloriosa libertad de los hijos de Dios, en contraposición de los que pregonaban que la libertad era su abuso, haciéndola de general consecuentemente en libertinaje; la Virgen vino a sacar a los hombres del opio de la mentira emponzoñada para llevarlos a la excelsa posibilidad de ser herederos del cielo, en contra de los que proclamaban que la religión es el opio de los pueblos.

El mundo no prestó la debida atención a la llamada del cielo. Las ideas paganas de 1858, de que el hombre era un animal, que la libertad consistía en librarse de las leyes, que la religión era cosa antihumana, salieron pronto de las tapas de los libros y de las cuatro paredes de las aulas para desembocar en la violencia de la primera Guerra Mundial de 1914 al 18.

Pero dirijan una mirada al mundo y fíjense en lo que ocurría el 13 de mayo de 1917 en tres lugares diferentes de Europa (muy poco antes, el Viernes Santo del mismo año, acababan de entrar también en guerra los Estados Unidos). Roma: el 13 de mayo de 1917, Benedicto XV imponía las manos a Monseñor Eugenio Pacelli, haciendo de él un sucesor de los Apóstoles. Mientras las campanas de la Ciudad Eterna tocaban el Angelus, sentaba a la Iglesia de Dios un nuevo Obispo, que ascendería al cabo de los años, por oculto designio de la Providencia, al trono de San Pedro para gobernar a la Iglesia Universal como nuestro actual Padre Santo, Pío XII.

Moscú: el 13 de mayo de 1917 se hallaba María Alexandrovitch en una de las iglesias moscovitas enseñando el catecismo. Tenía sentados en bancos, delante de ella, a unos 200 niños. Percibióse un ruido fuerte en la puerta principal del templo: hombres a caballo irrumpieron en la nave central, saltaron por encima de la balaustrada de la comunión al presbiterio y destruyeron el altar mayor; luego cabalgaron por las naves laterales, destruyeron los altares que había en ellas y se llevaron a los niños, algunos de los cuales mataron. María Alexandrovitch salió a escape de la iglesia dando gritos. Era el primero de los intentos esporádicos de furor que precedieron a la revolución comunista. María fue en seguida a casa de uno de los revolucionarios, que pronto se hizo famoso, y le dijo: “Ha sucedido una cosa terrible: me encontraba enseñando la doctrina en la iglesia cuando de pronto, han aparecido unos hombres a caballo que se han llevado a los niños que había conmigo, matando a algunos de ellos.” El revolucionario le repuso: “Lo sé. He sido yo quien les ha mandado ir.”

Fátima, Portugal: el 13 de mayo de 1917, tres niños de la parroquia de Fátima, Jacinta, Francisco y Lucía, apacentaban su rebaño cuando se oyó el toque del Angelus de la cercana iglesia. Los tres pastorcitos se pusieron de rodillas, y, según su costumbre diaria, empezaron a rezar el santo Rosario.

Al acabar, decidieron hacer una barraca para guarecerse en ella los días de lluvia tormentosa. Los tres pequeños constructores vieron repentinamente interrumpida su labor por un relámpago cegador, lo que les hizo levantar su vista al cielo. Ni una nubecilla velaba el resplandor del mediodía. Se produjo entonces una ráfaga luminosa, seguida de otra. Los niños echaron a correr, pero a unos pasos de distancia, en el verde follaje de una encina vieron a una “señora muy preciosa” más resplandeciente que el sol. Con un ademán de maternal cariño, les dijo la Señora: “No tengan miedo, no les haré ningún mal.” La señora era muy guapa: parecía tener de quince a dieciocho años de edad. Su vestido era blanco como la nieve; lo llevaba sujeto al cuello con un cordoncito de oro y le caía hacia abajo hasta los pies, que apenas se veían y que los tenía descalzos, sobre una rama del árbol. Llevaba un velo blanco recamado de oro que le cubría la cabeza y le caía por los hombros, cayendo hasta los pies, lo mismo que el vestido. Sus manos las tenía juntas a la altura del pecho en actitud e rezar; de la mano derecha le congabe3 un rosario de perlas relucientes con una cruz de plata. Su cara, de belleza incomparable, estaba rodeada por un halo tan brillante como el sol, pero parecía tener un sello de tristeza.

Lucía fue la que primeramente habló:

- ¿De dónde viene?
- Vengo del Cielo – contestó la señora.
- ¡Del Cielo! ¿Y para qué ha venido aquí?
- He venido para pedirte que vengas a este sitio durante seis meses consecutivos

el día 13 de cada mes, a estas horas. En el mes de octubre, te diré quién soy y qué es lo que quiero.

Precisamente en el mismo instante en que en la extremidad oriental de Europa se había desatado el “Anticristo” en contra de la verdadera religión y contra la profunda idea de Dios, al mismo tiempo que contra la sociedad, mediante la más terrible mortandad de la historia, he aquí aparecer en la extremidad occidental de la misma Europa a la grande y eterna enemiga de la serpiente infernal.

La más importante de las seis apariciones de la Virgen a estos niños fue la del 13 de julio. Hay que recordar que estaba en el tercer año de la primera Guerra Mundial. Después de haber

mostrado a los niños una espantosa visión del infierno, la hermosa señora dijo suavemente, con mezcla de tristeza: “Ustedes han visto el Infierno adonde van los pecadores. Para salvar a las almas, Dios quiere que se establezca en el mundo el culto a mi Corazón Inmaculado. Si la gente hace lo que les he dicho, muchas almas se salvarán y encontrarán la paz.”

Hablando luego de la primera Guerra Mundial, dijo: “La guerra terminará. Si la gente hace lo que les he dicho, muchas almas se salvarán y encontrarán la paz.”

Después vino el considerar que tal vez no hicieran penitencia los hombres, lo mismo que ocurrió en Nínive, y la Señora añadió: “Si la gente no deja de ofender a Dios, no pasará mucho tiempo, y será precisamente en el próximo Pontificado, sin que entable otra guerra más terrible.”

Fue en efecto, durante el Pontificado de Pío XI cuando se desencadenó la tremenda guerra española, preludio de la segunda Guerra Mundial.

En ese período, los rojos asesinaron cruelmente, en su odio contra la religión, a 13 prelados y a 14,000 sacerdotes y religiosos y destruyeron 22,000 iglesias y capillas.

La Virgen explicó cuándo sobrevendría la segunda Guerra Mundial. “Cuando vean una noche iluminada por luz misteriosa, sepan que con dicha señal les avisa Dios que está inminente el castigo del mundo por sus muchas maldades a través de la guerra, de la carestía y de la persecución de la Iglesia y del Padre Santo.

Mas tarde se le preguntó a Lucía cuándo aparecería exactamente, dicha señal, y ella dijo que se trataba de la extraordinaria aurora boreal que se vio desde gran parte de Europa en la noche del 25 al 26 de enero de 1938. Hablando de la nueva guerra, manifestó Lucía lo siguiente: “Será horrorosa, horrorosa.” Todos los castigos de Dios pueden evitarse con la penitencia. Fíjense bien que, según expresión de la misma Virgen Santísima, se habría podido evitar la segunda Guerra Mundial, porque dijo: “Para evitar esto a los hombres, pediré al mundo que sea devoto de mi Corazón Inmaculado y la Comunión en el primer sábado de cada mes. Si mis ruegos son atendidos, Rusia se convertirá y habrá paz. De otra forma, Rusia esparcirá sus errores por el mundo, dando lugar a guerras y persecuciones contra la Iglesia. El justo padecerá el martirio y el Padre Santo sufrirá mucho. Quedarán destruidas varias naciones.”

En este punto, la Iglesia ha creído conveniente callarnos una parte del mensaje; ignoramos el extremo al que se refería. Aparentemente, no habrá de contener muy buenas noticias, que probablemente se refieren a nuestros tiempos. De todas formas, conocemos el epílogo del mensaje, rebotante de alegría: “Al fin triunfará mi Corazón Inmaculado. El Padre Santo consagrará a Rusia a mi Inmaculado Corazón y Rusia se convertirá; entonces empezará en el mundo una era de paz.”

La última aparición se efectuó el 13 de octubre de 1917, cuando la Virgen prometió hacer un milagro tal, que todos los que lo vieran pudieran creer en sus apariciones.

En la tarde el 12 de octubre, todos los caminos que llevan a Fátima estaban atestados de coches, bicicletas y gentes de a pie que se dirigían al lugar de la Visión. Se congregó: una multitud de 60,000 personas, en su mayoría curiosos y burlones. Lucía dijo a los reunidos que miraran al sol. Paró de llover e inmediatamente desaparecieron las nubes, dejando ver una gran extensión de intenso azul.

Aunque ni una sola nubecilla vela el espacio, no deslumbraba el sol, que estaba en todo su apogeo, y se le podía ver con toda comodidad. De repente, el sol comenzó a vibrar con bruscos movimientos y empezó a girar vertiginosamente sobre sí mismo como una rueda de fuegos artificiales, desprendiendo en todas direcciones chorros de luz verde, roja, violeta, amarilla y azul, coloreando de manera fantástica las nubes, los árboles, las rocas y la tierra. En unos cuatro minutos, el sol se quedó quieto y un momento después volvió a su rapidísimo movimiento, con la sorprendente danza de luz y de color cual no cabe imaginar en el más extraordinario castillo de fuegos de artificio. Una vez más dejó el sol su prodigioso bailoteo al cabo de unos minutos, pero tras una breve pausa, por tercera vez se hizo más brillante. Durante doce minutos pudieron percibir el maravilloso fenómeno en un radio de más de 25 millas todas



y cada una de las 60,000 personas congregadas. Pero no fueron estas tres rotaciones del sol lo que más impresionó a la muchedumbre: el mayor estupor lo causó un terrible descenso del sol, que fue el momento culminante del grandioso milagro, el momento más terrible que hizo finalmente que de todos los pechos se dirigiera a Dios un acto único de Contrición y de Amor. En medio de aquella loca danza de fuego y colores, como si una gigantesca rueda pirotécnica que por su excesivo girar se desprendiese del eje que la sujeta, dejó el sol su posición en el firmamento y cayó en zigzag hacia el suelo como si fuera a precipitarse sobre la aterrada muchedumbre, dando a los espectadores una clara impresión de la escena del fin del mundo anunciada por el Evangelio, cuando el sol y las estrellas caerán en la tierra. Aquel momento arrancó de la multitud anonadada un repentino grito de espanto, un inmenso clamor impregnado de religioso temor lanzado por las lamas de los que se preparaban a morir profiriendo actos de fe y pidiendo a Dios perdón por los pecados cometidos. Como si se hubieran puesto secretamente de mutuo acuerdo, los reunidos cayeron de rodillas en el barro y elevaron al cielo con voz interrumpida por los sollozos el más sincero acto de contrición jamás salido de sus corazones. Por fin, deteniéndose el sol de repente en su alocada caída, termino por subir a su sitio en zigzag, conforme había sido el descenso, y acabó recobrando gradualmente su acostumbrada luminosidad en el cielo despejado. Aunque todos habían quedado empapados por la lluvia de la mañana, encontraron completamente secas sus ropas inmediatamente después de la Visión.

No estoy aquí para probar la autenticidad de estas revelaciones, porque quienes creen en el reino del Espíritu y en la Madre de Dios, no necesitan pruebas, y los que reniegan del Espíritu, no aceptarían las pruebas en modo alguno. ¿Qué significado puede tener para nosotros la aparente caída del sol sobre las gentes congregadas en Fátima en aquel octubre de 1917? No podemos estar muy seguros, pero intentaremos una explicación a la vista del espanto que se apoderó de los que la presenciaron. Podría significar que un día se apropiarían los hombres de una parte de la energía atómica solar y la utilizarían, no para iluminar al mundo, sino como bomba terrorífica que lanzarían a través del espacio sobre una población indefensa ante semejante proyectil. Cuando la carestía se enseñoreaba de la tierra, mientras la guerra destruía y consumía los bienes acumulados durante siglos, mientras el hombre se mostraba como un lobo con el hombre, y mientras enormes campos de concentración, cual nuevo Moloch, se tragaba a millones y millones de pobrecitos, los hombres siempre podrían alzar la vista al cielo para esperar. Si esta tierra es tan cruel, podían decirse, al menos se nos mostrará clemente el cielo. Pero tal vez quisiera presagiar la visión de Fátima, que ahora, a causa de las nuevas y terroríficas armas, también se mostrarían los cielos contra el hombre y sus fuegos se abatirían contra los indefensos hijos de Dios. No sabemos, en definitiva, si sería o no un anuncio de la bomba atómica. Pero una cosa es segura, que no perderemos con todo eso nuestra esperanza, pues en medio de tantas nubes, aun podremos alzar nuestra vista para ver a la Virgen con la luna a sus pies, coronada de estrellas y con el sol bajo sus plantas también. El Cielo no está contra nosotros y no nos destruirá para que podamos ver a Nuestra Señora como Reina de Cielos y Tierra.

Otra razón es que la Divina Providencia confió a una mujer el encargo de vencer al demonio. En el primer día tan funesto en que el demonio se introdujo en el mundo, Dios habló en el Paraíso Terrenal a la serpiente para decirle: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya y tú permanecerás a la espera de su talón.”

(Génesis, 3, 15). En otras palabras, el Mal tendría descendientes y simiente, pero que también los tendría el Bien, y que el mal sería derrotado a través de la mujer. Ahora vivimos en la hora del demonio, pues si el bien tiene su día, el mal tiene su hora. Nuestro Señor le dijo a Judas la noche en que fue al Huerto de los Olivos: “Esta es tu hora, el reinado de las tinieblas.” (San Lucas, 22, 53). Todo lo que el demonio puede hacer en su hora es apagar la luz del mundo. Si vivimos entonces en un tiempo en el que se le ha dado una larga cuerda al demonio, no podremos superar el espíritu de Satanás, sino es a través del poder de la Mujer, a la que Dios omnipotente le confió el encargo de aplastar la cabeza de la serpiente.

Traduciendo todo esto a los problemas concretos de nuestro mundo, puede significar que la tercera guerra mundial, que tanto tememos, vendrá a agravar aún más la miseria y el dolor de una humanidad que ha sufrido dos guerras mundiales en veintiún años. ¿Será posible evitar esa catástrofe cósmica? Lo que sí es cierto que no será la política la que pueda detenerla, porque al abandonar los principios de justicia de la “Carta del Atlántico”, se ha esparcido la semilla de otra guerra. También es cierto que no podrán detenerla ni una acción económica, ni social o militar, porque existirá el peligro de conflagración mientras los hombres estén alejados de Dios y sean egoístas y avariciosos de los bienes de la tierra. La única esperanza de salvación es un milagro. Solamente Dios puede paralizar la guerra, y lo hará por mediación de la Santísima Virgen. ¿Cómo sucederá eso?, no lo sabemos, pero es seguro que si Rusia tuviese de nuevo el don de la Fe, ésta conduciría al mundo a la paz. Piensen un momento en la transformación que se produciría en Rusia con una sola visión de la Santísima Virgen. Recordemos que México se convirtió a través de una visión en Guadalupe. La Roma pagana se convirtió después de perseguir a la Iglesia por espacio de trescientos años. La Rusia atea no se halla más alejada de la gracia divina que Roma.

Debemos rogar a Dios por la conversión de Rusia, porque si esta conversión se efectuara, llevaría a todo el mundo a la paz, que sólo puede proporcionar la fe religiosa. Pero el género humano debe hacer lo que le corresponda, pues no debemos olvidarnos de que somos cooperadores de la divina voluntad. Antes de que se produzca semejante milagro, debe haber una gran manifestación colectiva de amor a Dios a través de la devoción al Inmaculado Corazón de María. Nuestra Señora pidió la consagración del mundo, y el Padre Santo consagró el mundo al Inmaculado Corazón de María el año 1942, es decir, en el vigésimoquinto aniversario de su consagración episcopal y en el vigésimoquinto aniversario también de las apariciones de Fátima. Ahora esperamos la consagración de Rusia al mismo Inmaculado Corazón de María hecha por el Sumo Pontífice con todos los Obispos de la Iglesia.

Por nuestra parte, además de llevar el escapulario de Nuestra Señora la Virgen del Carmen, como contribución mínima a esta cruzada de oración, hemos de demostrar nuestra fe:

- 1) Recibiendo la sagrada Comunión los primeros sábados de mes y rezando durante quince minutos a la Virgen para reparar por los pecados del mundo.
- 2) Rezando diariamente el santo Rosario por la conversión de Rusia.

Los que creemos, no hemos de olvidar que el día 8 de diciembre de 1846, hace un siglo, el Congreso de Baltimore consagró los Estados Unidos de América al Corazón Inmaculado de la Virgen y ocho años después proclamaba la Iglesia el dogma de su Inmaculada Concepción.

En nuestras monedas está grabada la leyenda: “En Dios confiamos.” Sobre nuestro suelo campea escrita con caracteres invisibles la consagración de nuestra Patria de cien años atrás. Por encima de los Cielos y de la historia está escrita la promesa Divina contra la Serpiente del Mal: “Y Ella quebrantará tu cabeza.” Queda por escribir en nuestros corazones un amor contrito para el Inmaculado Corazón de María. Que este amor pueda expresarse cada día con tales muestras de amor y de virtud, que cuando comparezcamos ante Dios en el último día para ser juzgados, podamos oírle pronunciar las palabras más consoladoras, garantías de nuestra eterna salvación: “He oído a mi Madre hablar de vosotros.”

¡Por el amor de Jesús!

- o - - o - - o -